

Napoleón, Medio Oriente y la figura del partisano

Gabriel Livov

Cuando terminan las guerras legales empiezan las legítimas
Carl Schmitt, *Glossarium*

Me propongo aplicar la *Teoría del partisano* de Schmitt como prisma de análisis de la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto y Siria (1798-1801). El acontecimiento reviste especial interés para una filosofía de la guerra contemporánea dado que desató dinámicas que configuraron la fisonomía de la región tal como la conocemos y constituye un punto de inflexión en una zona clave para el estudio de la conflictividad actual. El trabajo tiene la pretensión de ofrecer una ojeada histórica basada en fuentes de primera mano, entre las que se destacan las cartas y escritos de Napoleón. La restitución de escenarios se orienta a partir de una sugerencia de Jorge Dotti: “las guerras revolucionarias y napoleónicas constituyen el fenómeno inaugural de un proceso de agudización y totalización del conflicto cuya conclusión coherente es la violencia que hoy nos envuelve”.¹ Empezó con una síntesis de la metodología schmittiana, para luego reconstruir algunas secuencias histórico-militares del conflicto en cuatro apartados correspondientes a los cuatro criterios propios de la figura del partisano.

1. Jorge Dotti, “Hegel, filósofo de la guerra y la violencia contemporánea”, en *Anuario Filosófico*, vol. XL, N° 1, 2007, pp. 69-107; cf. pp. 69-70.

1. La figura del partisano

El estilo de una época se manifiesta en batalla con la misma claridad con la que se revela en una obra de arte o en la fisonomía de una ciudad. Por tal razón ninguna guerra es igual a otra, en cada una se combate de nuevas formas y con nuevos medios en vista de nuevos objetivos, y en cada una hace su entrada sobre la escena cruenta de los eventos un nuevo tipo de ser humano.

Ernst Jünger, *La batalla de material*

Según Carl Schmitt, el tipo de combatiente que curva las guerras de nuestra época se identifica con la figura del partisano. Escribe la *Teoría del partisano* (1963) como nota complementaria a *El concepto de lo político* porque considera necesario colmar un vacío significativo en su obra e introducir una variable que el texto de 1927 no había contemplado.

El partisano aparece como síntoma y a la vez como factor del colapso del modelo de la guerra convencional moderna clásica (ss. XVII-XVIII), se afirma como combatiente de las guerras de independencia nacional del s. XIX y se convierte en figura clave de la historia mundial en el siglo XX. Su beligerancia desfonda el encuadre jurídico intra- e interestatal y desquicia el régimen estadocéntrico de regulación del conflicto. Este nuevo ideal-tipo de combatiente desafía la arquitectura jurídica que le había permitido al sistema westphaliano de los Estados europeos neutralizar la guerra civil-religiosa y proporcionar un principio de orden para el espacio político (europeo) a través de la partición fundamental *adentro/afuera* (de la cual dependen guerra/paz, nacional/internacional, civil/militar, teatro de operaciones/territorio pacificado, guerra/economía, etc.). ¿Cómo debe entenderse —por ejemplo— un ataque perpetrado por el partisano? ¿Se trata de un asunto policial (adentro) o involucra la participación de las Fuerzas Armadas (afuera)? ¿El Estado se enfrenta a un hecho delictivo o a un ataque enemigo? ¿El marco legal que encuadra la intervención estatal es el derecho penal o el derecho internacional?

Los textos polemológicos de Schmitt proporcionan valiosos materiales teóricos a la hora de interpretar no solo la génesis y el sentido de la guerra moderna sino también sus crisis y reconfiguraciones contemporáneas. El jurista alemán se propone diseñar una figura del partisano anclada en una semántica histórico-política de los conceptos y su objetivo apunta a reconstruir con precisión la evolución de las maneras de comprender y de ejercer la lucha partisana en conformidad con ciertos umbrales históricos. Su esfuerzo teórico pretende superar los enfoques y las teorías disponibles, que por no delimitar adecuadamente sus criterios y por no historizar correctamente los períodos de su evolución terminan disolviendo el análisis en una generalización abstracta y unilateral, en una estilización/estetización del fenómeno.

Como destaca Schmitt, en la guerra convencional de los Estados absolutistas europeos a partir del siglo xvii se denominaban “partidas” (*parties*, *Parteigänger* o *Parteien*) a los destacamentos de tropas ligeras que acompañaban a la tropa regular, a la que asistían en acciones rápidas y aisladas de “pequeña guerra”. Este término se generaliza en el siglo xviii en sus variantes *guerrilla*, *petit guerre* o *kleine Krieg*, que se refería a operaciones militares de pequeña escala (desgaste del enemigo, recolección de inteligencia) conducidas por destacamentos numéricamente reducidos de fuerzas irregulares en los márgenes de las grandes operaciones de las fuerzas regulares. “Partisano” se denominaba inicialmente al líder de cada unidad irregular, y luego el término se extendió como genérico a toda la partida. Contratados por el gobierno o el general para colaborar con las fuerzas regulares, eran mercenarios que combatían por el botín, por lo general procedentes de una tribu o grupo étnico que se especializaba en esta forma de guerra, y no contaban con una causa ideológica o religiosa en particular que invistiera simbólicamente sus acciones militares.²

En estas primeras formas de partisanismo la antítesis regular/irregular no se alineaba con la de legal/ilegal en el sentido jurídico, dado que la tropa irregular se consideraba complementaria de la tropa regular, en calidad de subordinada y dependiente, y por lo tanto se mantenía dentro de la legalidad. En cambio, el partisano del siglo xix produce con su aparición la autonomización de la irregularidad y su pasaje a la ilegalidad. Ya no es tropa ligera subordinada al ejército regular sino que combate al ejército regular organizando una resistencia irregular. La pequeña guerra se desdobra, se independiza del yugo del ejército profesional del Barroco y se vuelve contra la regularidad, en la medida en que es conducida por combatientes que pretenden defender su territorio en condiciones asimétricas.

En los tratados y documentos del período se observa este desplazamiento semántico en la categorización del combatiente irregular, que de miembro *freelance* de una tropa ligera luchando por el botín pasó a asumir otro sentido, el de insurgente comprometido con la defensa de la propia nación. De auxiliar mercenario el partisano se convirtió en *freedom fighter*.³

Como subrayan diversos estudios de semántica histórica de los conceptos político-militares, en el léxico de estos años de intensa circulación de teorías, manuales y experiencias de pequeña guerra, el partisano sufre un desdoblamiento de

2. Beatrice Heuser, “Small Wars in the Age of Clausewitz: The Watershed Between Partisan War and People’s War”, en *Journal of Strategic Studies*, vol. 33, N° 1, pp. 139-162.

3. Martin Rink, “The Partisan’s Metamorphosis: From Freelance Military Entrepreneur to German Freedom Fighter, 1740 to 1815”, en *War in History*, vol. 17, N° 1, 2010, pp. 6-36; cf. p. 36.

sentido. Por un lado, aparece, acorde al viejo sentido del término “partisano”, como parte de un ejército regular en calidad de agente de operaciones especiales; por el otro, se muestra como combatiente de una guerra popular frente a un invasor extranjero.

B. Heuser marca esta duplicidad en los abordajes del fenómeno del partisanismo dentro del período en cuestión. Clausewitz reserva a cada variante del fenómeno un término específico: la primera variante de partisanos es analizada en términos de “pequeña guerra” (*kleine Kriege*) mientras que la segunda es denominada “guerra del pueblo” (*Volkskriege*).⁴ A diferencia del teórico prusiano, no duda en usar el mismo término (“*partisan*”) tanto a la hora de nombrar a su tropa de operaciones especiales como para designar a las diversas milicias insurgentes que le tocó enfrentar, aunque también habla de “guerra popular” para designar este segundo grupo.

Si atendemos a la metáfora de Clausewitz según la cual la guerra es “un auténtico camaleón porque en cada caso concreto modifica en algo su naturaleza” (I.28),⁵ el fenómeno debería estudiarse siguiendo su modo de manifestarse, modo que participa constitutivamente de la mutación, la contingencia y la singularidad. Si se trata de fenómenos que en cada concreción singular van cambiando algo de su forma, sería impropio definir *a priori* y de una vez por todas su esencia, sino que se trataría de encontrar ciertos criterios distintivos a partir de los cuales leer su evolución, sus metamorfosis. La tarea consiste en elaborar una semiología dinámica, indicar signos para moverse en la multiplicidad del material empírico de los actores, escenarios y acontecimientos en juego. A partir de las diversificadas manifestaciones de partisanismo, Schmitt busca una lógica subyacente común, que pueda dar cuenta de los casos concretos y sus variaciones sin traicionar el dinamismo de la realidad fenoménica.

La figura del partisano se construye a partir de la combinación de dos operaciones: en primer lugar, a través del aislamiento de cuatro variables interdependientes que puedan agotar lógicamente el esquema abstracto del fenómeno, y que se pretenden válidas para todo fenómeno de partisanismo moderno; en segundo lugar, a partir de la individuación de diferentes estratos temporales que arrojan diferentes estadios evolutivos.

La Figura busca aportar inteligibilidad a una serie de fenómenos muchas veces incomprensibles y renuentes a la racionalización. Es en este sentido que Schmitt

4. Beatrice Heuser muestra de qué manera cada uno de los usos corresponden a documentos distintos: “*Volkskriege*” está en *De la guerra* y en el memorándum enviado a Gneisenau en 1812, mientras que “*kleine kriege*” se encuentra en las lecciones de 1810-1811 que Clausewitz dictó en la Escuela General de Guerra (B. Heuser, “Small Wars in the Age of Clausewitz...”, *op. cit.*)

5. Carl von Clausewitz, *De la guerra*, trad. C. Fortea, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, p. 33.

insiste en que los cuatro criterios de delimitación para la figura del partisano pretenden introducir racionalidad en el análisis y son “medios auxiliares para el trabajo científico. No son ninguna solución definitiva al inconmensurable problema del partisano, sino un comienzo provisional”,⁶ obedecen a la necesidad de “precisar algunos signos y criterios, para que la discusión no se haga abstracta e ilimitada” (TP 32).⁷

En primera instancia, se abordan los cuatro rasgos que pueden atribuírsele al partisano a los fines de recortar su figura. ¿Cómo reconocer un combatiente partisano? Según Schmitt, los criterios para reconstruir el ideal-tipo de combatiente se determinan de manera diferencial con respecto al andamiaje jurídico que encuadra en cada caso las operaciones de un ejército regular. ¿Cuáles son los atributos esenciales de un identikit posible que nos permita diferenciarlo de otros tipos de combatientes, especialmente el combatiente del ejército regular, pero también de otro tipo de figuras desligadas de la guerra (criminales, bandidos, piratas)?

En primer lugar aparece el aspecto de la irregularidad, una característica central del partisano *vis-à-vis* el soldado de una tropa regular. Se trata de un componente jurídico, que alude al status del combatiente carente de investidura estatal, sin uniforme ni armas a la vista. En virtud de su carácter público-estatal, el soldado del ejército regular se encuentra en una relación de simetría (normativa/legal) con respecto al soldado regular del ejército estatal enemigo, en la medida en que ambos combaten de manera pública, y en una relación de asimetría con respecto al partisano, que lucha de manera clandestina. Desde esta posición normativamente asimétrica el partisano conduce una guerra camuflada, informal en tanto tiende a escaparse de las formalizaciones jurídicas interestatales de la *guerre en forme*.

En segundo lugar Schmitt presenta la característica de la movilidad acrecentada. Es un rasgo de tipo táctico, operativo, que no tiene que ver en principio con la velocidad sino con una manera de proceder —a partir de ataques sorpresas y retiradas relámpago—, vinculada a la posibilidad que tiene el partisano de moverse entre la población como un pez en el agua (Mao). En función de esta necesidad operacional procede la organización de los partisanos en células pequeñas con alta capacidad de formarse y disgregarse con flexibilidad por fuera de la grilla de comprensión sólida del ejército regular, cuya dinámica, comparativamente, es lenta y pesada.

6. Joachim Schickel, “Gespräch über den Partisanen”, en *Gespräche mit Carl Schmitt*, Merve Verlag, Berlín, 1993, p. 10.

7. A continuación, las citas de la *Teoría del Partisano* se consignan entre paréntesis, en el cuerpo del trabajo, con la sigla TP y los números de página de la edición de Trotta, correspondientes a la traducción de Anima Schmitt corregida por J. L. López de Lisaga, Trotta, Madrid, 2013.

En tercer lugar se encuentra el compromiso político intenso, un componente de carácter ideológico que distingue al partisano respecto de la tropa de línea (para la cual no se contempla este nivel de compromiso político). El partisano es “un jesuita de la guerra” (Guevara), un voluntario que se radicaliza porque está animado por un ideal político al que se entrega plenamente, a pesar del sufrimiento o la muerte. Es un guerrero que cree intensamente en la justicia de su causa. Esto lo diferencia también de un soldado mercenario o de un criminal común. El partisano sube la intensidad de la enemistad, y el componente ideológico es el combustible que alimenta su conflictividad. A propósito de este criterio se exploran formas diversas del enemigo (convencional, real, absoluto) que no estaban diferenciadas en *El concepto de lo político*.

En cuarto lugar Schmitt expone un elemento relativo a la estrategia esencialmente defensiva de la guerra partisana, orientada a enfrentar de manera irregular a un enemigo entendido como amenazante respecto de un territorio percibido como propio. La estrategia del partisano del siglo xix es defensiva en la medida en que enfrenta un poder extranjero con relación al cual cree tener mayores expectativas de éxito en la lucha no convencional que en el combate a campo abierto. La estrategia defensiva implica una limitación de la enemistad en el espacio: la escena es típica de las guerras de independencia nacional y anticoloniales, en las que se busca repeler a un invasor (y no anexionar/conquistar nuevas tierras). El partisano que resiste al poder invasor extranjero se dota de un carácter telúrico, de custodia de la propia tierra, lo cual remite a una relación con el suelo, la población autóctona y las condiciones geográficas del país (montaña, selva, jungla o desierto) (TP 37). Así como la capacidad de aparecer y desaparecer entre la población civil es la clave de la movilidad, aquí lo es el empleo de las ventajas que proporciona el terreno para los defensores. En el curso del siglo xx esa estrategia se vería absorbida por un proceso de profesionalización del partisanismo funcional al empleo de los combatientes partisanos al servicio de proyectos de dominación imperial. En la Segunda Guerra Mundial o en la Guerra Fría ya se ve que el partisano pierde su carácter telúrico y se vuelve un instrumento portátil (transportable e intercambiable) de “una central poderosa que hace política mundial”, deviniendo saboteador o espía (TP 38).

Ninguno de estos cuatro criterios queda reservado exclusivamente al partisano revolucionario, sino que se extienden también en medida variable a los partisanos contrarrevolucionarios (semirregulares o paramilitares) y a los soldados del ejército regular que se ven obligados a combatir como partisanos. El pasaje hacia formas irregulares de guerra no es ontológicamente un “giro a la izquierda”: no lo fue originariamente (dado que el partisano nace como desprendimiento del ejército regular), no lo fue en el siglo xix (“cuando un gobierno, aunque no sea

revolucionario en absoluto, convoca a la defensa del suelo nacional contra un invasor extranjero” [TP 34]) ni tampoco en el siglo xx (donde también se profesionaliza el contrapartisanismo, como se aprecia en la figura de Raoul Salan y la guerra de contrainsurgencia).

Schmitt remite a G. Nebel, que escribe un diario sobre el final de la Segunda Guerra Mundial, atormentado por la corrosión del sentido de la regularidad clásica y sus devenires paramilitares. En su retrato de la disolución de un ejército regular se puede percibir que no solo los resistentes revolucionarios pueden accionar como partisanos sino también los soldados regulares. Este momento en el que el ejército se hunde en la irregularidad paramilitar o el caso de Salan, que “se vio obligado a ocupar una posición desesperada para un soldado”, a saber, la de “convertir a un ejército regular en una organización partisana” (TP 93), muestran hasta qué punto la regularidad hace la diferencia. Un Estado, a diferencia de un grupo partisano o de un partido, no se puede partisanizar completamente: “la irregularidad por sí sola no constituye nada”; “quizá todo esto será completamente distinto cuando un día el Estado se ‘extinga’”. Mientras tanto, la legalidad es el vehículo inevitable del funcionamiento de cualquier ejército moderno y estatal” (TP 93).⁸

La frase atribuida a Napoleón (“allí donde hay partisanos debe operarse como partisanos”) expresa este aspecto fundamental al que la perspectiva de Schmitt presta tanta atención, a saber, que “en el círculo infernal de terror y contraterror la lucha contra los partisanos suele ser, muchas veces, el fiel reflejo de los métodos de los partisanos mismos” (TP 31). En el análisis de la invasión francesa a Egipto y Siria se hace foco especialmente en esta dinámica de diferir límites propia del ascenso a los extremos del combate entre partisanos y contrapartisanos, algo que Schmitt califica ocasionalmente de “dinamismo aquerónico”.⁹

Una vez determinados los criterios lógicos de diferenciación de la figura del partisano, se analiza el segundo de los momentos relevantes en la construcción de la figura: la determinación de los umbrales temporales.

8. Como sostiene Schmitt, “La legalidad, incluida la regularidad en nuestro sentido, es un modo de funcionamiento de la burocracia. Y la burocracia es un destino, probablemente Max Weber tenga razón en eso. [...] La legalidad no resulta ser una formalidad menor, secundaria, sino que ha demostrado ser la más fuerte en casos decisivos” (Joachim Schickel, *op. cit.*, p. 25).

9. Evoca la cita de Bismarck de la *Eneida* de Virgilio (“movilizaré el Aqueronte”), cuya intención reside en marcar que si no se pueden lograr metas político-militares utilizando los métodos convencionales buscará alternativas no convencionales o incluso extremas para alcanzar sus objetivos. El edicto del *Landsturm* de 1813 es calificado de “aquerónico”, dado que como las vías militares tradicionales no parecían alcanzar, el gobierno estaba dispuesto a movilizar las fuerzas más temibles o romper con la regularidad para alcanzar sus propósitos estratégicos.

La discusión sobre el problema de la historicidad del combatiente irregular lleva a Schmitt a reconocer que siempre hubo reglas de guerra y que siempre hubo ciertos beligerantes uniformados en consonancia con tales reglas a los que les tocó enfrentar a combatientes que se consideraron al margen de las mismas y se movieron operativamente en ese margen, sobre todo en el curso de las guerras civiles y las guerras coloniales (TP 11). Si quisiéramos remontarnos hacia atrás en el tiempo, podríamos encontrar antecedentes de pequeñas guerras en todas las épocas de la historia, incluso en símbolos arquetípicos de tiempos bíblicos como la escena mítica de la lucha de David contra Goliat, por ejemplo, que enfrenta a un guerrero profesional, de gran estatura, poderosa armadura, lanza de hierro y escudero propio contra un joven pastor del pueblo, armado improvisadamente solo con una honda, la movilidad y la fe (*Samuel* 1:17).

Ahora bien, en polémica con Jünger, Schmitt se hace fuerte en la exigencia de adecuación histórica de cualquier enfoque del asunto y somete el apriorismo metodológico de la figura al banco de prueba de la contingencia histórica. A los ojos del jurista, en la Figura del Emboscado (*Waldgänger*) quedan disueltas las especificidades epocales del partisanismo en una tipificación transhistórica. Schmitt se declara siempre dispuesto a dejar caer alguno de sus criterios si es que ya no se verifica con los fenómenos en su historicidad concreta.¹⁰ Atendiendo a esta dimensión de singularidad histórica, habría que notar que no todos los componentes de la figura están presentes del mismo modo y con el mismo contenido en cada uno de los períodos históricos. De manera que habría que prestar atención a las reconfiguraciones que traen consigo cada uno de los distintos umbrales temporales en los que se inscribe la evolución de la figura.

En la literatura especializada suele prestarse más atención a la definición de los criterios y considerablemente menos a su evolución y dinámica. La puesta en juego de la perspectiva histórica en la consideración morfológica de la figura del partisano le permite a Schmitt trazar ciertos umbrales temporales desde el siglo XIX hasta los años 60 del siglo XX, e incluso más allá. En la primera parte de TP se mueve entre los segmentos temporales que corresponden a los siglos XIX y XX, respectivamente, y en la última parte (“aspectos y conceptos de la última etapa”)

10. “A mi juicio la pregunta sería ahora si los cuatro criterios [...] todavía siguen siendo válidos. Eso sería una pregunta interesante, pues el desarrollo ha ido tan rápido que solo se lo puede seguir con esfuerzo. Por consiguiente, ello depende en gran medida de si de algún modo he logrado hacer con mis cuatro criterios el comienzo de una interpretación racional de este proceso de *partisanismo*, tan difícil y quizás irracional en su núcleo” (Joachim Schickel, *op. cit.*, p. 11). “En estos últimos años el problema del partisano ha tomado un rápido desarrollo y se encuentra en un aspecto completamente nuevo. Por cierto tengo como posible (y ello pertenece al destino de todo conocimiento científico) que en unos años mis cuatro criterios caigan en desuso. Sería el primero en tirarlos como chatarra, si viera que hay mejores” (*idem*, p. 29).

se anima a proponer ciertas líneas de tendencia que vislumbra para el fenómeno en el porvenir, desplegando “la perspectiva de los efectos que podrá tener una tecnificación, industrialización y desagrarización avanzadas” (TP 38).

A propósito, cabe mencionar una crítica del especialista en historia de las guerrillas M. Rink, que acusa a Schmitt de haber ofrecido una definición del partisano que resulta históricamente restrictiva, que no da cuenta de la realidad del partisanismo de los siglos XVIII y XIX: la *Teoría del partisano* “no se deja aplicar históricamente a la época de las revoluciones” y “habla más de la época de Schmitt que sobre el período tratado”.¹¹

En el análisis que sigue se pone el foco en el umbral temporal relevante para este trabajo, que consiste en el primer período del partisanismo moderno, correspondiente al siglo XIX. A la hora de pensar en qué consiste lo moderno del partisano moderno, Hahlweg destaca que, en relación con los aspectos técnico-militares del combate, el partisanismo de los siglos XVII y XVIII se mantuvo con los mismos lineamientos que el partisano del siglo XIX. No se produjeron cambios en lo que hace al arte operacional, sino que la innovación se verificó en otro ámbito:

Se dio una profunda transformación en todo lo relativo a los impulsos provenientes del campo político, social y económico [...] La guerrilla se volvía así una parte esencial de la lucha de los pueblos por la existencia. En el desarrollo de la guerrilla, la época 1775-1789-1815, con la sorprendente modernidad de sus aspectos, representa un quiebre: a partir de aquí comienza la época contemporánea. Las guerrillas de ese tiempo presentan más o menos todas las características, todas las posibilidades de combinación y conexión que se encuentran [...] en la guerrilla de nuestros días.¹²

Lo novedoso del partisanismo moderno, identificable ya en el período 1776-1815, se mide con relación a una modificación fundamental que los fenómenos bélicos asumen en el comienzo de la era de las revoluciones burguesas, y que coincide con la politización de la irregularidad.

La Revolución francesa desató las energías bélicas contenidas en el mito de la defensa nacional y politizó una guerra que antes se combatía con soldados profesionales o mercenarios, y que ahora está en manos de ejércitos ciudadanos. El himno nacional francés, sin ir más lejos, se remonta a un canto de guerra de entonces, llama a las armas a los ciudadanos y caracteriza a los combatientes como defensores de la libertad.¹³

11. Martin Rink, “Der kleine Krieg. Entwicklungen und Trends asymmetrischer Gewalt 1740 bis 1815”, en *Militär-geschichtliche Zeitschrift*, vol. 65, 2006, pp. 355-388; cf. p. 361, n. 21; cf. pp. 374-375.

12. Werner Hahlweg, *Storia della guerriglia. Strategia e tattica della guerra senza fronti*, Feltrinelli, Milán, 1973, p. 70.

13. Para las modificaciones semánticas en la época napoleónica, véase Martin Rink, “Vom kleinen Krieg zur Guerilla. Wandlungen militärischer und politischer Semantik im Zeitalter Napoleons”, en R. Beckmann y T. Jäger, *Handbuch Kriegstheorien*, Wiesbaden, 2011, pp. 359-370.

El impulso nacional se volvió un vector polemógeno de primer orden que marcó a fuego la figura del partisanismo moderno, tal como ha llegado incluso hasta nuestros días. La irregularidad del partiano moderno se configura frente a la regularidad del ejército revolucionario francés. Lejos de ser un anacronismo, la figura trazada por Schmitt ya corresponde a este período en la medida en que implica el rasgo del compromiso político intenso, ausente en el partisanismo de las guerras “teatrales” de la primera modernidad, y en tanto asume que el partiano es un combatiente que se enfrenta al invasor foráneo en defensa de la propia tierra (clave a la hora de considerar el partisanismo en la época de las guerras de la Revolución francesa).

2. Napoleón en Egipto

Intensificador serial de hostilidades, Bonaparte sin dudas figuraba en lo más alto del *ranking* de personas con más enemigos del planeta:

Napoleón ha provocado una enorme coalición de enemigos ante la cual, por fin, sucumbió. Estos enemigos eran tan heterogéneos que se podría establecer toda una fenomenología de la enemistad en general comparando los diversos tipos. Tierra y mar, Este y Oeste, conservadores y liberales, clericales y jacobinos se encontraron en un frente común contra este hombre.¹⁴

El Congreso de Viena cumpliría una tarea *katekhóntica* frente a este acelerador de la llegada del Anticristo, “una de las restauraciones más asombrosas de la historia universal” (TP 27-28), prolongando la vigencia del Derecho Público Europeo por otros cien años más, hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Napoleón apareció como un amplificador de las enemistades inauguradas por la era de las revoluciones. Clausewitz conceptualiza el fenómeno en términos de una liberación de la guerra respecto de las regulaciones convencionales de la guerra de gabinete. Uno de los motivos centrales en esta evolución de la guerra “era la participación de los pueblos en esta gran cuestión de Estado”; en virtud de esta novedad, la implicación de las energías nacionales “surgía en parte de las circunstancias que la Revolución francesa había suscitado en el interior de los países y en parte del peligro con el que todos los pueblos estaban amenazados por los franceses”.¹⁵

14. Carl Schmitt, “Clausewitz como pensador político”, en *Revista de estudios políticos*, N° 163, 1969, pp. 5-30; cf. p. 18.

15. Carl von Clausewitz, *op. cit.*, p. 653. “Repentinamente, la guerra había vuelto a ser cosa del pueblo, y de un pueblo de treinta millones que se consideraban todos ciudadanos [...] en vez del gabinete y su ejército, fue todo el pueblo el que puso su peso natural en la balanza. Ahora los medios que se

Napoleón encarna la figura del Conquistador Revolucionario. “En manos de Bonaparte”, sostiene Clausewitz, “todo esto alcanzó su perfección, y este poder bélico apoyado en toda esa fuerza popular avanzó destructor por Europa”.¹⁶ Los ideales de libertad de la Revolución francesa se ponen al servicio de un expansionismo imperial de proporciones planetarias que ya no se limitaba al espacio de las fronteras nacionales ni tampoco el espacio europeo. La cruzada francesa por la libertad de toda la humanidad desrealizaba todas las circunscripciones espaciales tradicionales. Según Hegel, “Napoleón dijo: ‘*Cette vieille Europe m’ennuie*’”.¹⁷ Según el testimonio de Bourrienne, su secretario privado: “no quiero quedarme aquí, no hay nada que hacer. [...] Veo que si me quedo me hundo dentro de poco. Aquí todo se gasta, ya no tengo gloria; esta pequeña Europa no me ofrece la gloria suficiente”.¹⁸

El credo revolucionario laico y defensor de los derechos del hombre y del ciudadano fue el nuevo catecismo de esta reedición moderna de las Cruzadas. El léxico de la liberación se convirtió en habilitación simbólica de la construcción de un gran imperio colonial occidental y la expansión del proceso revolucionario se generalizó como justificación de una agresiva política exterior extraeuropea. Napoleón fue pionero de una forma de imperialismo emancipador que utilizó el discurso y las instituciones liberales para extraer ventajas geopolíticas. A juzgar por las similitudes entre la retórica y la estrategia del general corso y las posteriores incursiones occidentales en la región, a su modo Bonaparte “inventó lo que hoy llamamos ‘Medio Oriente moderno’, una arena de hegemonía nórdatlántica con instituciones políticas y culturales híbridas”.¹⁹

La emergencia de la figura del partisano islámico guarda una profunda afinidad con las guerras de la Revolución francesa. Al igual que para sus análogos europeos, en el comienzo fue la enemistad contra Napoleón. Dentro del debate historiográfico sobre el sentido de la expedición (reavivado en ocasión del bicentenario que se conmemoró en 1998), los historiadores oscilaron entre considerarlo “un acto de disrupción creativa que sacudió a Egipto de siglos de somnolencia”

aplicaban, los esfuerzos que podían ser ofrecidos, ya no tenían un límite preciso; la energía con la que se podía librar la guerra misma ya no tenía contrapeso alguno, y en consecuencia el riesgo para el adversario era extremo” (*op. cit.*, p. 651).

16. *Idem*, p. 652.

17. “Esta vieja Europa me aburre” (G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, t. I, trad. J. Gaos, Altaya, Barcelona, 1994, p. 177).

18. Louis-Antoine Fauvelet de Bourrienne, *Mémoires de M. de Bourrienne, ministre d’État, sur Napoléon, le Directoire, le Consulat, l’Empire et la Restauration*, vol. 2, Ladvocat, París, 1829-1831, p. 34.

19. Juan Cole, *Napoleon’s Egypt: invading the Middle East*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2007, p. 247.

y leerlo como “la primera gran intrusión del imperialismo occidental” y “una prolongada y deliberada violación de la autenticidad cultural del Egipto islámico”.²⁰ La invasión desencadenó dinámicas que se venían gestando desde hacía por lo menos un siglo, a partir de la intervención de las monarquías absolutistas europeas en la región, y llevó al nacimiento del enclave político de Medio Oriente tal como lo conocemos hoy. Desde el punto de vista de la población local, resultó un hito fundamental en la formación de una conciencia árabe.²¹

Schmitt reconoce que en su estudio *El nomos de la tierra* no se detuvo en las guerras napoleónicas, y para su tratamiento remite a un trabajo de su discípulo Roman Schnur (TP 27-28). Schnur enfoca el enfrentamiento entre Francia y Gran Bretaña entre 1789 y 1815 a partir del paradigma espacial schmittiano, en términos de una confrontación elemental entre tierra y mar, es decir, la lucha entre una potencia marítima (Gran Bretaña) y una potencia terrestre (Francia), que en ese tiempo se repartían prácticamente el dominio de casi la mitad del planeta.²²

Inglaterra, volcada enteramente al mar a partir de Cromwell (Navigation Act 1651) y recién asentada colonialmente en India (1770), constituía el nodo hegemónico de una extensa red de poder marítimo que convertía al comercio en el componente principal de su estrategia militar y de su política internacional y que encontraba en la Marina la condición de la unidad del Estado. Impulsada por el motor de la Revolución Industrial, en lugar de conquistas y ocupaciones terrestres tradicionales, la oceanocracia británica prefería llevar a cabo tomas de mercado: “los medios de la política inglesa, es decir, la industria y el comercio, le otorgan a Inglaterra la ventaja de poseerlo todo sin aparecer como invasor”.²³ En su política determinada por el comercio latía una pulsión de dominio mundial que desplegaba sobre el mar una monarquía absoluta.

Francia, exponente de poder terrestre por excelencia, desplegaba ocupaciones territoriales tradicionales (*Landnahme*), con violencia abierta y relaciones de dominación explícitas, enarbolando los valores de la Revolución francesa. Su objetivo apuntaba a bloquear por tierra las redes comerciales inglesas, con el objetivo de liberar a Europa del yugo marítimo británico. Sabía que el motor del desarrollo

20. Darrell Dykstra, “The French occupation of Egypt, 1798-1801”, en M. W. Daly (ed.), *The Cambridge History of Egypt*, Cambridge University Press, 1998, pp. 113-138; cf. p. 115.

21. Khatchik DerGhougassian, *Todo lo que necesitás saber sobre el conflicto en Medio Oriente*, Paidós, Buenos Aires, 2017, p. 59.

22. Véase Roman Schnur, “Land und Meer - Napoleon gegen England: Ein Kapitel der Geschichte internationaler Politik”, en *Zeitschrift für Politik*, vol. 8, N° 1, 1961, pp. 11-29. La antítesis se halla conceptualizada en el parágrafo 248 de la *Filosofía del derecho* de Hegel (1831). El encuadre es adoptado dentro del análisis schmittiano bajo la forma de principio explicativo histórico en *Tierra y mar. Una reflexión sobre la historia universal* (1942).

23. Roman Schnur, *op. cit.*, p. 17.

de la potencia oceánica (transformar a los enemigos en consumidores de sus productos) era también su punto débil. Napoleón concibió la estrategia del Bloqueo Continental como alternativa al desembarco y conquista militar de la Isla, pero no calibró adecuadamente que la eficacia de esta estrategia también requería un dominio del mar que no estaba disponible para Francia, cuya Marina no había recibido desde el siglo XVII el mismo impulso que del otro lado del canal de la Mancha. El Bloqueo Continental pretendía atacar a Gran Bretaña con sus propias armas, aislándola respecto de sus mercados europeos. Pero resultó un arma no adecuada para una potencia esencialmente territorial como Francia.

El sueño de Napoleón para la región consistía en fundar un imperio europeo-afro-asiático desde Túnez y Argelia hasta la India, pasando por Egipto, Siria, Palestina, Irak, Irán y Afganistán. En calidad de conquistador antidespótico pretendía ocupar todas esas tierras orientales en nombre de la libertad. Extendiendo el vocabulario de la liberación como justificación de política exterior, se proponía “emancipar” a todas estas naciones de sus respectivos ordenamientos autocráticos.

Junto a la fascinación que Oriente había ejercido en el general ya desde su juventud, se hallaba la intuición de las ventajas de obtener nuevas colonias para consolidar el dominio francés. El área de influencia del Imperio otomano, percibido como declinante y débil, se le ofrecía a Francia como territorio de expansión que constituía una alternativa viable al espacio del continente americano, en el que la capacidad de influencia francesa iba declinando. La conquista de Egipto y Siria aparecía como una clara manera de perjudicar a Gran Bretaña en un componente esencial de su poder económico, el tráfico con India. En el subcontinente Napoleón esperaba contar con el apoyo de insurgentes locales contra el dominio colonial inglés, como Tippu Sahib, sultán de Mysore (fanático declarado de la Revolución francesa, fundador en 1792 del Club Jacobino de Mysore y autodenominado “Ciudadano Tippu Sultán”).²⁴ Así, la expedición se enmarcaba geopolíticamente a lo largo de la línea de tensión entre Oriente y Occidente y dentro de la lucha entre Tierra y Mar, como se percibe ya en el discurso del general a la flamante *Armée d'Orient* antes de zarpar (Toulon, 10 de mayo de 1798):

Soldados, [...] habéis hecho la guerra de montañas, de planicies, de asedios; os queda hacer la guerra marítima. Las legiones romanas, que habéis imitado alguna vez aunque jamás igualado, combatían a Cartago al mismo tiempo sobre este mismo mar y en las planicies de Zama. [...] Europa tiene la vista puesta en vosotros. Tenéis un gran destino por delante, batallas que librar, peligros y fatigas que

24. Tom Reiss, *The Black Count: glory, revolution, betrayal, and the real Count of Monte Cristo*, Crown Trade, Nueva York, 2012, p. 224.

vencer. [...] El genio de la libertad, que ha convertido a la República, desde su nacimiento, en el árbitro de Europa, quiere que ella también lo sea de los mares y las regiones más remotas.²⁵

El Conquistador Revolucionario se imaginaba su entrada en Egipto a través del prisma de Alejandro Magno, saludado por la población como un liberador del yugo de un dominio despótico.²⁶ Como el macedonio respecto de los Persas, Napoleón llegaba para liberar a la nación egipcia de la opresión de los mamelucos, lugartenientes del Imperio otomano.²⁷ La estrategia francesa para ocupar la región pretendía enfrentar abiertamente a los mamelucos con el pretexto de liberar al pueblo egipcio de sus dominadores sin romper, al menos en principio, la alianza con el Imperio otomano.

El escenario concreto de la enemistad en Medio Oriente se hallaba prefigurado por un filósofo orientalista a quien Napoleón conoció de joven en Córcega y al que alude él mismo en sus memorias:

Para establecerse en Egipto, decía Volney en 1788, [Francia] deberá sostener tres guerras: la primera contra Inglaterra, la segunda contra la Puerta [Imperio otomano], pero la tercera, la más difícil de todas, contra los musulmanes que forman la población de este país. Esta última ocasionará tantas pérdidas que probablemente debe ser considerada como un obstáculo insuperable.²⁸

El enfrentamiento directo contra Gran Bretaña, la primera de las tres enemistades, se desarrolló preminentemente en el mar. Habían circulado rumores de un posible desembarco francés en Inglaterra o en Irlanda, y entre la población se llegó a temer una invasión.²⁹ El Directorio francés favoreció la estrategia indirecta del bloqueo continental, fraguada por Napoleón, quien reunió un ejército de

25. Clément de La Jonquière, *L'Expédition d'Égypte, 1798-1801*, vol. 1, Henri Charles-Lavauzelle, París, 1899-1907, p. 463.

26. Napoleón Bonaparte, *Campagnes d'Égypte et de Syrie, 1798-1799. Mémoires*, vol. I, Imprimerie Nationale, París, p. 211.

27. Los mamelucos fueron originalmente soldados-esclavos caucásicos ("mameluco" en árabe quiere decir "perteneciente a otro"); los gobernantes egipcios los habían comprado o capturado para defender el territorio, pero en el siglo XIII, luego de resistir exitosamente la invasión de los cruzados del rey Luis IX, se sublevaron a sus amos y tomaron el control. Luego de un período de hegemonía, en el siglo XVI terminan subordinándose a las autoridades otomanas. Para la época en que llegaron los franceses eran agentes de Estambul encargados de la defensa del territorio egipcio, aunque el ejercicio de la fuerza de seguridad era discrecional, y prácticamente controlaban solos el terreno.

28. Napoleón Bonaparte, *Campagnes...*, *op. cit.*, p. 211.

29. El general Hoche favorecía el plan de desembarcar en Irlanda, activar los descontentos con los ingleses patrocinando partisanos locales y con este propósito llevó adelante una breve y desafortunada incursión para cruzar el canal de la Mancha. Reiss reconstruye el clima de la siguiente manera: "el pánico cundió entre la opinión pública británica. El *Times* londinense exigió preparativos de emergencia -'barricadas en cada calle'- contra las hordas jacobinas que pronto pulularían por la ciudad" (Tom Reiss, *op. cit.*, p. 220).

40.000 hombres (brigadas de infantería, regimientos de caballería, marina y personal civil de científicos, ingenieros, etc.) dispuestos en 335 barcos, la mayor fuerza transportada marítimamente hasta entonces. El almirante inglés Nelson pasó dos meses buscando infructuosamente por el Mediterráneo a la flota francesa, que zarpó en dirección a Malta y finalmente a Egipto (eludiendo por muy poco su patrullaje). En Aboukir el 1º de agosto de 1798, las fuerzas marítimas habrían de prevalecer: Nelson enfrentó a la flota de Napoleón en una gran batalla naval que terminó con la destrucción completa de los barcos franceses, cortándole así las comunicaciones al ejército invasor. También se encargarían los ingleses de desactivar la amenaza del sultán Tippu Sahib: luego de interceptar una carta de Napoleón dirigida a él, las tropas británicas invadieron Mysore y mataron al sultán afrancesado en mayo de 1799.

La segunda enemistad marcada por Volney, relativa al Imperio otomano, pretendía ser manejada políticamente por Francia, como se mencionó, en la medida en que existía una historia de relaciones diplomáticas entre ambas potencias, que se remontaba a la primera mitad del siglo XVI. Napoleón creía que Estambul no tomaría a mal la invasión francesa por causa de la independencia y facciosidad de los lugartenientes mamelucos, a quienes consideraba como enemigos del sultán, en la medida en que que no le permitían ejercer un dominio directo sobre la provincia egipcia.³⁰ El Imperio otomano, por su parte, en ese momento se hallaba en graves problemas militares. Su ejército estaba colapsado en términos de disciplina y reclutamiento. La tradicional infantería de los jenízaros se encontraba dispersa en un proceso de regionalización de la violencia donde diversos señores de la guerra desafiaban y condicionaban al poder central, debilitado financieramente e incapaz de abordar una reforma y reorganización de sus tropas regulares que se mostraba urgente.³¹

Turquía no es ya un Estado, es una reunión de provincias independientes gobernadas según las visiones, intereses y pasiones de cada uno de las pashas. Ya no puede reunir esos numerosos ejércitos que supieron asustar a Europa en siglos anteriores. La milicia turca carece de disciplina, de organización, de instrucción, de táctica. Cincuenta o sesenta mil hombres, mitad a caballo mitad de a pie, armados con fusiles de todos los calibres y de armas blancas de todas las especies, forman una multitud de hombres, pero no merecen el nombre de "ejército". [...] Es incapaz de resistir el choque de una división francesa de seis mil soldados.³²

30. Darrell Dykstra, "The French occupation of Egypt, 1798-1801", *op. cit.*, p. 118.

31. Virginia Aksan, "Locating the Ottomans in Napoleon's World", en U. Planert (ed.), *Napoleon's Empire: European Politics in Global Perspective*, Palgrave Macmillan, Londres, 2015, pp. 280-281.

32. Napoleón Bonaparte, *Correspondance de Napoléon I^{er}: Publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III*, t. XXX, Imprimerie Impériale, París, 1869, p. 90.

Por su parte, el frente musulmán del conflicto consistía en una composición de fuerzas locales integrada por mamelucos, beduinos y campesinos armados (*fellahin*). Esta coalición antifrancesa tomó a su cargo la tarea de resistir a la expedición montando una guerrilla islámica de defensa del territorio frente al invasor infiel, que demostraría ser, como profetizó Volney, un “obstáculo irremontable”.

Mientras que las dos primeras formas de enemistad implicaban en principio guerras convencionales, la tercera, la que marcó la pauta de la conflictividad, consistió en una guerra irregular anticolonial de toda la población egipcia, con la pretensión de ser regularizada por el Imperio otomano y con Inglaterra y Rusia como terceros interesados.

La introducción de los cuatro criterios schmittianos, que organizan en cuatro apartados correspondientes la exposición que sigue, resulta funcional a una exploración de esta capa irregular de la enemistad, decisiva dentro del análisis de este conflicto.³³

3. Irregularidad

Si la irregularidad que caracteriza a la beligerancia partisana debe comprenderse siempre de manera relacional, si lo irregular se predica de una forma de combatir por oposición al tipo de regularidad militar que predomina en cada período histórico, para comprender los fenómenos guerrilleros de la modernidad tiene sentido considerar como punto concreto de referencia la regularidad del ejército napoleónico. Dado que “la regularidad estatal y militar recibe una nueva y exacta precisión en el Estado francés y en el ejército francés gracias a Napoleón” (TP 24), ¿qué tipo de regularidad es la regularidad napoleónica? No se trata de la regularidad convencional de las guerras de gabinete entre los Estados europeos de los siglos XVII-XVIII, cuando la guerra se parecía a un “duelo con armas francas y sentido de la caballería” (TP 29), sino un nuevo tipo de regularidad, considerada en términos “de dinamismo revolucionario” (TP 96). ¿En qué consiste la regularidad francesa? ¿Por qué Schmitt caracteriza su dinamismo como “revolucionario”?

33. En el trabajo de A. Tchoudinov queda explicitada esta lectura de la guerra napoleónica en Egipto: “la lucha, que tomó la forma de una campaña de guerrilla, involucró a todo el país, desarrollándose por períodos en forma de rebeliones masivas” en las que “las tensiones entre los diversos grupos dentro de la población musulmana [...] se volvieron insignificantes ante la necesidad de unir fuerzas contra los infieles” (Alexander Tchoudinov, “The Egyptian Campaign and the Middle East”, en Bruno Colson y Alexander Mikaberidze [eds.], *The Cambridge History of the Napoleonic Wars*, vol. II, Cambridge University Press, 2023, p. 616).

El carácter revolucionario de la regularidad político-militar francesa se vincula con las condiciones de nacimiento del ejército republicano. Desde 1791, la alternativa para Francia era profundizar y extender la revolución o ser destruida. Debíó combatir guerras interestatales contra otras potencias de Europa y guerras civiles contra algunas provincias rebeldes, y debíó hacerlo con un ejército heredado del Antiguo Régimen, en el que el cuerpo de oficiales pertenecía a la nobleza, los regimientos se hallaban claramente provincializados y era usual el empleo de auxiliares mercenarios extranjeros. Las reformas militares que puso en práctica el ejército revolucionario favorecieron el ascenso de jóvenes oficiales que se distinguían no por el estamento de pertenencia sino por el mérito (Hoche y Napoleón eran dos claros ejemplos), diseñaron los regimientos a escala nacional (desvinculándolos de las lealtades localistas), eliminaron privilegios y distinciones estamentales, favorecieron una mayor homogeneidad y, a través de la conscripción militar obligatoria, instalaron el deber patriótico de servir en el ejército para todos los ciudadanos. De esta manera se logró reclutar una infantería masiva, al servicio de la cual se dispuso el sistema de artillería más poderoso del mundo.³⁴

Atendiendo a las condiciones genéticas del ejército francés, “el nuevo arte bélico de los ejércitos regulares de Napoleón se había forjado en el método revolucionario de lucha”; “el nuevo método de lucha de los ejércitos masivos del pueblo revolucionario” se transformó en manos de Napoleón en “un sistema perfectamente acabado (TP 25). En sus comienzos mismos las tropas francesas fueron irregulares e improvisadas a partir de la movilización masiva de la población, y no estaban en condiciones de enfrentar a campo abierto a los ejércitos regulares de Prusia, Austria o Gran Bretaña. A su vez, la flamante regularidad del ejército revolucionario fue fraguada y consolidada al calor del combate contra numerosos movimientos insurreccionales y guerras populares, tanto adentro como afuera de Francia y de Europa (La Vendée, Haití, Tirol, Calabria, España, etc.).

La lucha de los revolucionarios franceses contra los campesinos fieles a la monarquía en la Vendée (1793-1796) o en las *chouanneries* (1793-1804) resultó especialmente significativa “para la conexión entre la guerrilla y la dinámica de revolución y contrarrevolución”, en la medida en que contribuyó a asimilar las formas tácticas de la pequeña guerra “en el mecanismo de la revolución, en particular en la lucha entre revolución y reacción”.³⁵ La lucha en la Vendée se caracterizó por una movilización del conjunto de la población, el apoyo de potencias extranjeras a los rebeldes, tácticas de contrainsurgencia en la pacificación interna

34. Alan Forrest, “Army”, en François Furet y Mona Ozouf, *A Critical Dictionary of the French Revolution*, Harvard University Press, 1989, pp. 300-310.

35. Werner Hahlweg, *op. cit.*, p. 43.

y la transformación de tropas militares insurrectas en formaciones militares regulares: la lucha partisana “terminaba por volverse parte integrante y factor esencial del mecanismo revolucionario”.³⁶

No sólo todas las guerras de la Revolución francesa y de Napoleón fueron acompañadas por intensas acciones de guerrilla, instigadas tanto por parte de los mismos franceses como por parte de sus enemigos,³⁷ sino que el propio estilo militar de la regularidad napoleónica revela sus afinidades con los rasgos de la pequeña guerra: reclutamiento masivo (guerra popular), rapidez operativa (movilidad táctica), elasticidad de maniobra, flexibilidad organizativa (concentración y dispersión de unidades pequeñas relativamente autónomas), fuerte motivación ideológica (ideales de la Revolución francesa).

3.1. *Irregularidad oriental*

Los primeros enfrentamientos entre las tropas europeas y las fuerzas de defensa egipcias prefiguraban el carácter irregular de la guerra que empezaba. Apenas desembarcados, los soldados franceses fueron atormentados por algo más que la sed, el calor, los insectos, la disentería, el dolor de ojos (“ceguera egipcia”) o la desilusión de constatar que las tierras fecundas y maravillosas que Napoleón les había prometido eran un desierto hostil y abrasador. Raids de beduinos empezaron a aparecer, de manera repentina, en medio de nubes de polvo, en pequeños grupos que emergían no se entendía bien de dónde, y caían sobre ellos para dar caza a los rezagados, heridos o aislados del grueso del ejército que marchaba. Los beduinos no se limitaban a decapitarlos, sino que a veces los secuestraban y pedían rescate a cambio. Lo que se supo pronto sumó al miedo y a la paranoia de las filas europeas. Napoleón menciona que los blancos europeos “excitaban vivamente la curiosidad” de los beduinos.³⁸

36. *Ibid.*

37. *Idem*, p. 63.

38. “Admiraban la blancura de la piel y muchos de los prisioneros liberados días después darían detalles grotescos y horribles de las costumbres de estos hombres del desierto” (Napoleón Bonaparte, *Campagne...*, *op. cit.*, vol. 1, p. 129). El oficial de ordenanza Jaubert cuenta que, antes de torturarlos, trataban “a sus prisioneros como se dice que Sócrates trataba a Alcibíades” (citado en Patrice Gueniffey, *Bonaparte: 1769-1802*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, p. 426). El cañonero Briccard anota amargamente en su diario: “Las tropas sufrieron mucho la sed por venir a Alejandría; muchos hombres fueron atrapados por los árabes, porque estos degenerados revoloteaban incesantemente alrededor de la columna y masacraban a todos los que se apartaban. Luego de haber satisfecho una pasión criminal que en todo otro país disgusta a la naturaleza, les quitaban la vida haciéndoles sufrir los dolores más humillantes” (*Journal du canonnier Bricard, 1792-1802: mémoires de soldats*, Delagrave, París, 1891, pp. 312-313).

Los franceses pretendían contraatacar con la artillería, pero los beduinos se replegaban en el desierto, para después volver a atacar en otro sitio. Cuando no estaban siendo acosados por nubes de guerreros del desierto, debían enfrentar la hostilidad de los campesinos armados (*fellahin*). Se desatarían innumerables revueltas entre julio y septiembre de 1798, articuladas con acciones de guerrilla en Tanta, Belbeis, Alejandría, Rosetta y Damietta, organizadas por partisanos que se volvieron héroes de la resistencia contra los infieles.

La marcha inicial de los europeos por el territorio ocupado se volvió una pesadilla. El avance de las tropas remontando el Nilo estaba plagada de amenazas. Ninguno de los poblados dejados atrás podían considerarse seguros. En Damanhur, por ejemplo, una súbita revuelta de *fellahin* con apoyo de beduinos acorraló al destacamento asignado a su patrullaje y murieron veinte soldados franceses. Unas mujeres campesinas abordaron un día a un oficial que se había rezagado, y una de ellas, con un bebé en brazos, le arrancó los ojos con unas tijeras.³⁹ En otra secuencia de estos primeros avances, Bonaparte mandó a comprar trigo a dos dependientes a una aldea vecina y allí fueron atacados por beduinos, que los colgaron de un árbol y los quemaron vivos. Al ver sus cuerpos todavía humeantes, Napoleón fue tomado por la ira y ordenó quemar todo el poblado y fusilar a todos sus habitantes.⁴⁰

Frente a combatientes que eludían la batalla y llevaban adelante una intensa resistencia capilar, el ejército napoleónico se dio cuenta rápidamente del carácter no convencional de la guerra que iban a combatir allí. Son raros en toda la expedición los choques entre tropas regulares. Los dos combates terrestres a campo abierto que tuvieron lugar al comienzo apenas si fueron consideradas batallas por los vencedores europeos.

El propio Napoleón, al comentar el choque en Shubra Khit (13 de julio de 1798), dijo que “algunos valientes vinieron a hacer escaramuzas; fueron recibidos por el fuego de los pelotones”.⁴¹ Allí, cuatro mil mamelucos pretendieron cerrar el paso a los conquistadores, pero se encontraron con una disciplinada defensa francesa. Los guerreros mamelucos, apoyados por una flotilla otomana que disparaba desde el Nilo, arremetieron ruidosamente en sus usuales cargas de caballería, armados con espadas, pistolas, con sus refinados ropajes y joyas y sus siervos. Eran guerreros de gran formación y virtuosismo, expertos en artes marciales desde jóvenes, pero combatían entablando duelos individuales. A lo sumo

39. Bernoyer cuenta que Berthier le disparó inmediatamente y puso al bebé en manos de la otra (citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, op. cit., p. 60).

40. *Idem*, p. 62.

41. Citado en Patrice Gueniffey, *Bonaparte...*, op. cit., p. 427.

convergían en una táctica de rodear al enemigo en círculos, atacando por todos lados. Carecían de mando único y de disciplina militar, y se dispersaban fácilmente si se percibían en desigualdad de condiciones. Conformaban “una orden ecuestre feudal”⁴² que combatía de modo premoderno frente a una fuerza de infantería que incluso en condiciones tan adversas seguía siendo la más poderosa del mundo.

Los uniformados franceses se hallaban deshidratados y exhaustos por la marcha a través del desierto luego del desembarco. Napoleón no había previsto llevar depósitos de agua, y los pocos pozos que encontraban en los poblados del camino eran sistemáticamente envenenados por los pobladores antes de ser abandonados. Sus uniformes de colores oscuros, hechos de lana, no eran aptos para las temperaturas diurnas de más de cuarenta grados del verano del desierto. Aun así, soportaron los embates de los jinetes islámicos siguiendo una táctica de defensa en escuadras. Se dispusieron formaciones en cuadrángulos o rectángulos, con artillería en las esquinas y caballería y suministros en el centro, pudiendo disparar de frente y de los flancos a los jinetes que aparecían desde distintas direcciones. Los franceses contaban con superioridad numérica y con un poder de fuego inconmensurablemente mayor.⁴³

El segundo combate fue la denominada “Batalla de las Pirámides” (21 de julio), que no solo no tuvo lugar al pie de las pirámides (estaban a quince kilómetros de distancia) sino que técnicamente tampoco fue una batalla. Se trató del mismo tipo de enfrentamiento que el anterior, prácticamente con el mismo desarrollo, solo que de mayor intensidad. El resultado fue una masacre para los mamelucos, que terminaron dándose a la fuga.

Reflexionando sobre el proceder no convencional de las fuerzas enemigas Bonaparte concluía que “toda tropa que no está organizada es destruida cuando uno marcha contra ella”; del soldado otomano decía que es “fuerte, hábil, valiente y buen tirador” pero “en campo raso la falta de articulación, de disciplina y de táctica lo vuelve muy poco temible. Esfuerzos aislados no pueden hacer nada contra un movimiento de conjunto”.⁴⁴ Encomendó a Desaix la tarea de perseguir a las tropas mamelucas lideradas por Murad Bey e Ibrahim Bey, acorralarlos con resolución y rapidez hasta forzarlos a combatir. Desaix durante un año estuvo persiguiendo mamelucos por el Alto Egipto y mantuvo a raya las incursiones de los beduinos, mientras Kléber y Napoleon cerraron acuerdos de no agresión con diversas tribus.

42. *Idem*, pp. 426-427.

43. *Ibid.*

44. Bruno Colson, *Napoleon on war*, Oxford University Press, 2015, p. 245.

3.2. *El Regularizador*

A la hora de evaluar su legado, en Santa Helena el general corso no dudaba en declararse orgulloso de su tarea de codificación jurídica: “mi verdadera gloria no es haber ganado cuarenta batallas; Waterloo borrará el recuerdo de cualquier número de victorias. Lo que nada va a borrar, lo que vivirá eternamente, es mi Código Civil”.⁴⁵ Fiel a su impulso codificador y una vez pacificado el territorio, Napoleón se dio a una enérgica política de regularización de la vida pública egipcia. En su concepción, se ajustaba al derecho de ocupación terrestre, en virtud del cual a la potencia ocupante le competía la misión de pacificar el territorio y velar por la seguridad de los conquistados. No estaba en los planes de Napoleón el exterminio de la población local sino su gobierno y organización, para lo cual resultaba crucial que los habitantes lo percibieran como un liberador de las antiguas cadenas y un protector del pueblo islámico. Con ese fin redobló los esfuerzos para mantener la disciplina de su tropa y así evitar conflictos con los pobladores, advirtiéndoles que fueran respetuosos especialmente de los asuntos religiosos.

Sabía que necesitaba intermediarios si quería tener influencia sobre la población local. Pensaba en las mediaciones que le dieran sustentabilidad política a la victoria militar. En un intento de exportar regularidad estatal francesa, estableció en Egipto una organización parlamentaria representativa, un *Diwan* o Consejo general. Esta suerte de Directorio islámico se hallaba compuesto por 117 referentes de las trece provincias en que se dividió la administración, procedentes de diversos sectores de la sociedad egipcia: clérigos, comerciantes, jefes de aldeas, campesinos y líderes beduinos. Llevó adelante una agresiva política fiscal que buscaba que los egipcios financiaran su propia ocupación. Con el objetivo de dotar al *Diwan* de fuerzas de policía adecuadas estableció columnas de patrullaje por el delta, unidades de jenízaros en las diferentes provincias y activó una política de regularización militar que buscaba absorber en la *Armée d'Orient* a combatientes y reclutas locales, a tono con los principios del dinamismo revolucionario de integrar a la población en el ejército. Esto se volvió imperioso sobre todo luego de la derrota de Aboukir, que había destruido la flota francesa y sus expectativas de recibir refuerzos.

Decidió mantener a los coptos como recaudadores de impuestos y administradores de finanzas. Creó regimientos de dromedarios para patrullar el alto Egipto y lidiar con la guerrilla de las tribus del desierto y pensó maneras de pactar con los mamelucos y subordinarlos como fuerza irregular bajo su mando. Una guardia de mamelucos terminaría integrada al funcionamiento regular del ejército francés y

45. Joseph Goy, “Civil code”, en Furet y Ozouf, *Critical dictionary...*, op. cit., p. 442.

sería utilizada en diversas oportunidades hasta 1815, especialmente en acciones de pequeña guerra.⁴⁶ El episodio testimonia la voluntad de regularización militar como parte de la estrategia de pacificación, bajo la idea rectora propia de la Francia revolucionaria de un ejército nacional.⁴⁷ Un indicador del enérgico dinamismo regularizador napoleónico se encuentra en las cartas de Bernoyer, encargado durante la expedición de diseñar y producir los uniformes del ejército en escalas y plazos verdaderamente exigentes para el lugar y las condiciones en las que trabajaba.⁴⁸

A pesar del éxito militar inicial, los franceses no lograban convencer a la población local de que los considerara como liberadores y practicantes de los principios del islam y no como un ejército de ocupación infiel en una misión que reeditaba la gesta de las Cruzadas. La investidura teológica de la resistencia facilitó la congregación en un frente común de diversos actores que antes de la llegada de los franceses estaban divididos por conflictos internos. La lucha tomaba la forma de una yihad de amplia escala que involucró a todo el país⁴⁹ e hizo foco, en octubre de 1798, en la ciudad de El Cairo.

4. Movilidad

4.1. *Insurgencia y contrainsurgencia urbanas en El Cairo*

Las metáforas de la movilidad partisana en términos líquidos o acuáticos (el partisano hipermóvil que se vincula con la población como pez en el agua, al decir de Mao) cambian de registro en el teatro de operaciones desértico de Medio Oriente y se orientan bajo el signo de la dinámica de gases y vapores. Así lo expresa de manera célebre Lawrence de Arabia, cuando comparó a los ejércitos regulares con “plantas, inmóviles como un todo, enraizados, nutridos por largas ramas que lle-

46. El célebre cuadro de Goya sobre el 2 de mayo de 1808 en Madrid retrata una carga de guardia de caballería mameluca que enfrenta a una turba enardecida de católicos españoles.

47. “Hay que acostumbrar imperceptiblemente al país a la conscripción militar para reclutar el ejército de tierra y el ejército de mar. Hay que procurarse cada año miles de negros de Sennaar y de Darfour e incorporarlos en los regimientos franceses, a razón de veinte por compañía. Acostumbrados a los desiertos, a los calores del ecuador, luego de cuatro años de instrucción y ejercicio serán buenos soldados y soldados devotos” (Napoleón Bonaparte, *Correspondance...*, *op. cit.*, t. XX, pp. 85-86).

48. Se lee aquí cómo va diseñando con Napoleón un prototipo de uniforme multicultural, que integrara lo francés con el color local: “hay que adaptarse a las costumbres de los orientales y otorgar al uniforme de nuestras tropas algo de las ropas de los magrebíes y los arnaútes. Así vestidos ellos parecerían un ejército nacional para los habitantes, y de esa manera encajaría en las circunstancias del país.” (François Bernoyer, *Avec Bonaparte en Égypte et en Syrie, 1798-1800: dix-neuf lettres inédites*, Les Presses françaises, Abbeville, 1976).

49. Alexander Tchoudinov, *op. cit.* p. 616.

gan hasta la cabeza”, mientras que la guerrilla árabe debía ser “como un vapor llevado por el viento”, como “una influencia, algo invulnerable, intangible, sin frente ni retaguardia, que se mueve como el gas”.⁵⁰ La puesta en juego del dominio semántico de lo gaseoso-nebuloso para hablar de guerra popular (*Volkskriege*) se remonta al célebre cap. 26 del libro VI de *De la guerra* de Clausewitz:

Según nuestra concepción de la guerra popular, igual que la niebla y las nubes, no tiene por qué concentrarse en un cuerpo compacto, de lo contrario el enemigo dirigirá una fuerza adecuada contra ese núcleo, lo destruirá y hará gran cantidad de prisioneros. [...] Por otra parte, es preciso que esta niebla se concentre en masas más densas en ciertos puntos y forme nubes amenazantes de las que pueda caer de pronto un poderoso rayo.⁵¹

Fue en la noche del 20 de octubre de 1798 en El Cairo que los vapores de la guerra de resistencia local empezaron a condensarse en nubes amenazantes. Napoleón había establecido en Egipto una organización parlamentaria, solo que esa noche la misma forma creada para regularizar la administración estaba siendo usada para movilizar la resistencia. Habían islamizado el *Diwan*, reemplazando la representación de los diversos sectores sociales por casi únicamente referentes teológico-políticos entre los nobles locales.

Vale la pena mencionar el singular dispositivo que funcionó como equipo de transmisión y comunicaciones de la resistencia partisana. Al parecer los franceses habían descuidado una orden relativa a vigilar a los *llamadores* (*muezzin*) de las mezquitas, quienes cumplían la función de convocar a los musulmanes a la plegaria cinco veces por día desde los minaretes de los templos.

Tienen el hábito de dirigir plegarias al Profeta con cantos y a ciertas horas fijas de la noche. Como era siempre la misma cosa dejó de prestársele atención. Los turcos se dieron cuenta de esta negligencia. [...] Ellos sustituyeron las plegarias por llamamientos a la rebelión, y esta especie de telégrafo verbal transmitía la provocación a la insurrección hacia los extremos norte y sur de la región. Por este medio, y a través del envío de emisarios secretos, [...] que desmentían el acuerdo entre Francia y la Puerta otomana e incitaban a la guerra, fue organizado poco a poco en todo el país el plan de una revolución, que debía estallar por todas partes y en un día determinado. El secreto fue guardado con una constancia y un escrúpulo que solo pueden inspirar el fanatismo religioso y el odio al yugo extranjero. La última señal fue dada desde lo alto de los minaretes en la noche del 20 al 21 de octubre, y desde la mañana de ese día se anunció que la ciudad de El Cairo estaba en plena insurrección.⁵²

Grandes masas empezaron a movilizarse rápidamente hacia los distritos rebeldes. Los insurgentes musulmanes ocuparon tres grandes mezquitas, y armados con espadas y algunas armas de fuego las convirtieron en fortalezas y empezaron la

50. T. E. Lawrence, *Seven pillars of wisdom*, Doubleday, Nueva York, 1966, p. 163.

51. Carl von Clausewitz, *De la guerra...*, op. cit., p. 513.

52. Louis-Antoine Fauvelet de Bourrienne, *Mémoires...*, op. cit., vol. 1, pp. 316-317.

construcción de barricadas. La hostilidad de la multitud hacia los franceses instalados cerca de la Gran Mezquita de El Cairo se agudizó.

Un ejemplo fue el de la mansión donde se alojaba el general Caffarelli. Los partisanos empezaron a ingresar por los techos mientras los ingenieros del ejército disparaban desde las ventanas. La casa fue devastada al instante, los libros y casi todo el instrumental científico de los franceses fueron saqueados y destruidos, las cabezas de los ingenieros fueron puestas en picas y exhibidas por los revoltosos a través de las calles, antes de pasar a ser emplazadas como adornos sobre las puertas de la Mezquita de al-Husayn. El viejo geólogo Tête-vuide fue rodeado y linchado por la multitud mientras intentaba escapar de la mansión. Los que habían colaborado con las fuerzas de ocupación fueron vestidos con los uniformes de los soldados franceses muertos, fueron afeitados y vendidos como esclavos. El parlamento de los insurrectos organizó las milicias populares, les proporcionó armas que tenían escondidas. La furia popular empezó a desatarse contra los comerciantes franceses instalados en la zona, y en general contra cualquiera que fuera asociado con los europeos o con los cristianos.

Los líderes de la revuelta lograban recuperar viejos cañones de la casa de un noble al tiempo que los soldados franceses no podían hacer ingresar su artillería debido a las barricadas y al laberinto de calles angostas del distrito-foco de la insurgencia, que volvían ineficaz cualquier asalto frontal directo de la infantería.

El avance de la insurgencia antinapoleónica no se limitaba a El Cairo, dado que la revuelta ya había entrado en fase de contagio, esparciéndose hacia todo el delta del Nilo. Afluían hacia la ciudad combatientes procedentes de las tribus del desierto, caracterizados en diversos testimonios bajo la metáfora de la nube: un oficial regular francés reportando a Napoleón afirma que “nubes de beduinos, convocadas por los jefes de la insurrección, se acercaron a la ciudad y cortaron sus comunicaciones con el exterior”.⁵³ Ayudados por los habitantes, lograron meterse en la ciudad y se atrincheraron en la Ciudad de los Muertos, gran cementerio al este de El Cairo, un auténtico laberinto de tumbas y mausoleos, algunos de ellos perteneciente a los sultanes mamelucos del periodo medieval. Los bordes de la ciudad se volvían capilares frente a la movilidad acentuada de los avances gaseosos de la nube: “enseguida vimos a la distancia muchos jinetes, y en un abrir y cerrar de ojos una nube de beduinos y campesinos a caballo estaban sobre nosotros”.⁵⁴ Contraatacando por sorpresa y burlando la artillería, los partisanos islámicos rodearon a las fuerzas de caballería enviadas al sitio y descuartizaron al general Sulkowski frente a una mezquita, antes de dárselo de comer a los perros.

53. Pelleport, citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, *op. cit.*, p. 207.

54. Doguereau citado en Juan Cole, *op. cit.*, p. 214.

La desorientación de la tropa regular ante la guerra popular sería expresada años después de manera elocuente por un coronel del ejército francés en el curso de la campaña española. Las bandas de guerrilleros aparecían de la nada por todas partes: “donde nosotros no estábamos, allí aparecían los partisanos: cuando avanzábamos, desaparecían”; “los guerrilleros estaban por todas partes y en ningún lugar”; jamás formaban “un centro material lo bastante consistente como para que pudiésemos atacarlos y destruirlos”.⁵⁵

La solidez y el carácter lineal de la formación regular sufren las tácticas de guerrilla de un enemigo evanescente en condición de movilidad acentuada. Inmaterial y ubicua, la nube era el punto ciego de cualquier intento de mirada sinóptica del campo de batalla. El coronel Alphonse-Louis Grasset caracteriza de esta manera la situación española: “todo es pequeño, fragmentario, disperso. El conjunto es un gran drama que resulta de un mosaico de pequeñas acciones singulares”.⁵⁶ En conformidad con la experiencia acumulada del ejército revolucionario francés y en coincidencia con la frase atribuida a Napoleón, el general de brigada Carrion-Nizas declaró por entonces que “querer operar contra estas tropas fantasma con las mismas normas tácticas que se emplearían con ejércitos regulares es un error que se termina por pagar caro”.⁵⁷

El sentimiento de oficiales que morían en circunstancias tan lejanas a los códigos tradicionales del combate y del honor se expresaba en el lamento de un soldado francés en la guerra peninsular. Preparado para otra clase de guerra, el oficial uniformado en agonía se dolía de conocer la muerte como víctima de operaciones clandestinas de pequeña guerra y sabotaje, sintiendo nostalgia de las grandes batallas: “estoy desesperado por caer bajo los golpes de estos forajidos y bandidos... ¿por qué no habré muerto en Eylau o en Friedland, combatiendo contra gente digna de nosotros?”.⁵⁸ Probablemente lo mismo debe haber pensado el general Dupuy, encargado de patrullar la ciudad de El Cairo, cuando fue frenado por una muchedumbre inflamada de fervor teológico. Mientras empezaba a hablarles, acompañado de su intérprete, desde una de las viviendas le arrojaron una lanza casera (un cuchillo atado a un palo) que le cortó una arteria del cuello y lo mató.⁵⁹ La difuminación de las distinciones jurídicas del *ius in bello* era funcional al mimetismo entre los partisanos islámicos y la población civil. El pintor

55. Von Brandt, citado en Werner Hahlweg, *op. cit.*, p. 49.

56. Citado en Werner Hahlweg, *op. cit.*, p. 51.

57. Carrion-Nizas, citado en Werner Hahlweg, *op. cit.*, p. 50. En palabras de Lawrence de Arabia, “sería como querer tomar sopa con un cuchillo” (*op. cit.*, p. 164).

58. Werner Hahlweg, *op. cit.*, p. 50.

59. A. A. Paton, *History of Egyptian revolution*, vol. 1, Londres, 1870, pp. 185-186.

Vivant Denon destacó que “la dificultad en distinguir a nuestros enemigos por apariencia y color nos llevó a matar campesinos inocentes todos los días”.⁶⁰

4.2. *Contrainsurgencia napoleónica*

Luego de ser testigo de la sangrienta represión que terminaría con este episodio de guerra popular urbana, el biólogo Saint-Hilaire escribió que “los pobres habitantes de El Cairo no sabían que los franceses son los tutores del mundo a la hora de organizarse para combatir insurgencias. Esto es lo que aprendieron a su pesar”.⁶¹ A tono con la sugerencia del biólogo, las tácticas puestas en acto por Napoleón para controlar la guerrilla en Egipto implicaron una combinación de brutalidad, medidas humanitarias y estrategias de cooptación de la población civil que contenían, en germen, todo el espectro de las prácticas que desplegarían los ejércitos de ocupación colonial del siglo xx, de manera que “puede legítimamente ser considerado como el origen de una escuela francesa de contrainsurgencia que se desarrollaría subsiguientemente en África del Norte e Indochina”.⁶²

Bonaparte estaba furioso por el levantamiento popular. Mientras intentaba sin éxito desactivar la revuelta a través de influencias políticas, ordenó disponer la artillería en sitios estratégicos de la ciudad. En Santa Helena recordaría que en el choque contra un pueblo amenazante no hay que dudar en disparar: “con la población todo se reduce a las primeras impresiones que uno produce sobre ella. Allí donde vea heridos y muertos en sus filas se paraliza de terror y se disipa en un instante”.⁶³ Eso fue exactamente lo que Bonaparte llevó a cabo en El Cairo, desplegando la potencia de la artillería francesa contra las multitudes. Cuando el bombardeo del barrio de al-Azhar se puso tan intenso que amenazó con destruir la mezquita, las fuerzas insurgentes se rindieron e imploraron que cesaran los disparos y las balas de cañón.⁶⁴ La represión de la revuelta no ahorró violencia contra los lugares sagrados de los musulmanes. La

60. Citado en Alexander Tchoudinov, *op. cit.*, p. 616.

61. Étienne Geoffroy Saint-Hilaire, *Lettres d'Égypte, 1798-1801* (citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, *op. cit.*, p. 221).

62. Bruno Colson, *Napoleon on war...*, *op. cit.*, p. 346. Napoleón fue “un auténtico innovador en esta área”, y “puede ser considerado como el fundador de la escuela francesa de contrainsurgencia” (*idem*, p. 350).

63. Citado en Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière”, en *Stratégique*, N° 93-94-95-96, 2009/1, pp. 227-258; cf. p. 243.

64. Bernoyer anotó que “todas las calles se convirtieron en el teatro de una sangrienta masacre”, calculando los muertos locales en más de tres mil y entre las fuerzas francesas en algunos cientos (citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, *op. cit.*, p. 209).

mezquita de al-Azhar sufrió el asalto de los soldados franceses que no dejaron sacrilegio sin cometer.⁶⁵

Disgustado por la participación de los representantes del protoparlamento en la preparación de la insurrección, Napoleón disolvió el *Diwan*.⁶⁶ Luego de una tarea de inteligencia llevada adelante casa por casa confeccionó una *kill list* de líderes de la revuelta. Dio la orden de ejecutar y cortar las cabezas de los partisanos que habían sido capturados con armas durante la revuelta y arrojar los cadáveres a los cocodrilos del Nilo, de manera que la población no se anoticiara de las brutales ejecuciones extrajudiciales y así no convirtiera en mártires a las víctimas. Arrasó e incendió numerosas aldeas beduinas que habían adherido a la sedición, con el objetivo de “poner ejemplos”.⁶⁷ Condenó públicamente a muerte a once personas que consideraba líderes de la revuelta, pero algunos huyeron y otros fueron perdonados, temiendo represalias y eligiendo aparecer como un líder civilizado y humanitario frente a la población.⁶⁸

Estableció una fuerza de policía en cada uno de los barrios de la ciudad para monitorear posibles conspiraciones de los musulmanes. Complementó estas disposiciones con todo un proyecto de obra pública en El Cairo y sus alrededores, encargado a sus ingenieros militares. Ordenó construir fortificaciones en distintos puntos de la ciudad demoliendo diversas mezquitas. Rediseñó el trazado de algunas calles ensanchándolas como para evitar la formación de barricadas y permitir el acceso de la artillería, en una estrategia que prefiguraría la obra de arquitectura contrainsurgente de Haussmann en la París del siglo XIX.⁶⁹ La obra pública era usada para incrementar la movilidad de las tropas regulares en desmedro de la mimetización entre partisano y población, y por lo tanto a costa de la movilidad partisana misma.

El método llevado adelante por Napoleón para enfrentar a los beduinos y *fellahin* del interior del país ocupado consistió en intensificar la movilidad. Lo cual implicaba seguir el modelo de las columnas móviles usadas por el ejército francés

65. Al-Jabarti reporta que luego del bombardeo las tropas francesas entraron a caballo en la mezquita, considerada como “la Sorbona del Oriente”, rompieron las lámparas y los escritorios de los estudiantes, saquearon todo lo que encontraron, pisotearon con sus botas los ejemplares del corán, orinaron, escupieron, tomaron vino adentro del templo y dejaron botellas rotas por todos los rincones (citado en Patrice Gueniffey, *Bonaparte...*, op. cit., p. 465).

66. “Ya no son nada, porque trataron de cortar las gargantas de los franceses” (citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, op. cit., p. 215).

67. Véase Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière”, op. cit., pp. 259 y ss.

68. Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, op. cit., p. 215.

69. *Idem*, p. 214.

contra las *chouanneries*.⁷⁰ Lo central era evitar la dispersión de las fuerzas a lo largo del territorio en fortificaciones estáticas.⁷¹ Al estar en movimiento cubrían el territorio de manera mucho más eficaz que estando fijos y su presencia era percibida todo el tiempo en los diversos poblados. A estos pequeños cuerpos de quinientos o seiscientos soldados se los denominaba *camps volants*, “campamentos volantes”, y Bonaparte entendía que las unidades de tropa ligera de los dragones eran particularmente aptas para pacificar una región ocupada si se los empleaba reunidos en una masa móvil.⁷²

En *Small wars. Their principles and practice* (1896), el general inglés C. E. Callwell, considerado como el Clausewitz de la guerra colonial, compila y elabora doctrinariamente la múltiple y vasta experiencia de los ejércitos occidentales (y, especialmente, del británico) en todo el mundo. Entre los méritos del ejército francés a la hora de combatir insurgencias, Callwell destaca la táctica de las columnas móviles y la recomienda calurosamente, exhibiendo su rendimiento en diversos escenarios como la Bretaña francesa de los *chouans*, Argelia, Afganistán, Burma, Rodesia, Sudáfrica contra los boéres y Estados Unidos en la conquista del oeste (p. 135). La fragmentación de la tropa en una serie de unidades operativas irregulares (“columnas”) favorecía la rapidez en el despliegue de los ataques y las retiradas, “y la esencia de combatir guerrillas es golpear duro y de manera inesperada” (p. 141). Frente al movimiento pesado y previsible del ejército regular, los destacamentos irregulares acentuaban la movilidad. Era fundamental que los destacamentos funcionaran de la manera lo más independiente posible dentro de su margen de operaciones. Los comandantes debían tener iniciativa y poder entender cómo, cuándo y en qué medida apartarse del plan de operaciones (p. 142). Por su

70. Tempranamente Napoleón le dio instrucciones en este sentido al general Brune para la *Armée de l'Ouest*, al tiempo que Hoche ponía a prueba este sistema con éxito en La Vendée (véase Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière...”, *op. cit.*, pp. 249-250). Circulaba en el ejército francés un documento con las instrucciones de Hoche en La Vendée, un proto-manual de contrainsurgencia del ejército revolucionario (véase *The Journal of Military History*, vol. 67, N° 2, abril de 2003, pp. 529-540).

71. Bonaparte le había escrito a Dupuy que no diseminara a sus tropas por El Cairo en guardias fijas, que las mantuviera a poca distancia de marcha entre ellas para que pudieran volver a concentrarse en cualquier momento. Era preferible que 600 hombres hicieran seis viajes permaneciendo reunidos que enviar cien a seis puntos diferentes y apostarlos allí. (Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière...”, *op. cit.*, pp. 240-241).

72. Napoleón se lo recomienda a su hermano que combatía partisanos calabreses en 1806, en Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière...”, *op. cit.*, p. 241). Tal como Berthier escribe en España en 1811, “la experiencia de la Vendée ha probado que lo mejor era tener columnas móviles, diseminadas y multiplicadas por todas partes, y no cuerpos estacionarios” (citado en Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière...”, *op. cit.*, p. 248). Este fue también el objetivo de la creación del regimiento de dromedarios en Egipto, adaptando la caballería a las condiciones locales, de la misma manera que habían hecho los romanos en época del emperador Adriano, en misiones antiemboscadas y protección de rutas.

autonomía y creatividad, operaban prácticamente imitando las células clandestinas de las guerrillas. Las tropas que componían las columnas móviles debían estar equipadas para muy diversas tareas y para poder viajar de manera liviana. Debían tener un intenso entrenamiento y estar acostumbrados en las peores fatigas y privaciones (p. 136). Otro componente que Callwell elogiaba del abordaje francés es “el elaborado sistema de espionaje en Bretaña” montado por Hoche. En efecto, “en ninguna clase de guerra es más esencial un departamento de inteligencia bien organizado y seleccionado que contra las guerrillas, [...] que confían en ataques secretos y repentinos y si el secreto es descubierto su plan fracasa” (p. 143).

5. Compromiso político intenso

5.1. El conflicto de las legitimidades

En la época en la que la guerra tenía el sentido de duelo con armas francas y códigos de caballería, el partisano se reducía o bien a ser parte de la tropa ligera del ejército regular o bien a considerarse como un criminal o bandido. A diferencia del reconocimiento jurídico internacional que recibiría en la segunda mitad del siglo xx, el partisano del siglo xix se sabía por fuera del acotamiento del *ius in bello*, y no esperaba “ni gracia ni justicia de su enemigo” (TP 98). El partisano “rompe el tejido normativo de la legalidad”, asume un status de fuera de la ley (*hors la loi*) y “busca su derecho en la enemistad”, donde “encuentra el sentido de su causa y el sentido del derecho” TP 98. El partisano no es un criminal común, no combate por su propio interés particular sino que tiene motivaciones políticas, “defiende el territorio contra el invasor extranjero”, que asume la posición de enemigo verdadero (TP 97). En este punto “se termina el juego convencional” (TP 98) y se genera el pasaje de la enemistad convencional a la enemistad verdadera, “que se enreda en un círculo de terror y contraterror hasta la aniquilación total” (TP 29).

En *Clausewitz como pensador político*, Schmitt caracteriza el conflicto de las legitimidades en las guerras no convencionales como un vector de intensificación de la enemistad:

“Bandido” era la expresión que Napoleón solía usar, con preferencia, para los guerrilleros españoles. Contiene una discriminación, desde el punto de vista de la tropa regular, plena de razón. En la guerra popular nacional resulta “bandido”, por el contrario, el invasor imperialista, por muy regular que sea su tropa. Aquí chocan justificaciones opuestas de la guerra, y aumentan su intensidad.⁷³

73. Carl Schmitt, “Clausewitz...”, *op. cit.*, p. 7.

Bonaparte señalaba la exigencia de una administración enérgica en Egipto, dada “la necesidad de reprimir a veinte mil o treinta mil ladrones, que la justicia no puede capturar porque se refugian en la inmensidad del desierto”.⁷⁴ Aun cuando el teniente Laval no dejaba de sostener que los líderes de la revuelta de El Cairo eran mayormente meros “ladrones beduinos”,⁷⁵ o ante quienes desacreditaban los levantamientos alegando que se trataba de protestas de comerciantes y artesanos por la alta carga impositiva infligida por la potencia de ocupación, lo cierto es que los franceses estaban comprometidos en una guerra de resistencia de la población local que atravesaba todos los estratos sociales. A pesar de todas las diferencias que subsistían entre ellos, se unían en el elemento de un intenso compromiso teológico-político desde el que impugnaban el gobierno de ocupación francés.

El componente teológico se inscribe dentro del criterio del compromiso político intenso como un vector de intensificación de la guerra, y así es funcional a posibles devenires absolutos de la enemistad. El partisanismo teológico es una forma de la guerra justa, donde la criminalización del enemigo alcanza niveles de escalada especialmente intensos fogoneada por la tiranía de los valores: “la lógica de valor y desvalor despliega toda su consecuencia destructora y obliga a nuevas discriminaciones, criminalizaciones y desvalorizaciones cada vez más profundas, hasta la destrucción de toda vida que no merece vivir” (TP 114).

Apenas llegadas a El Cairo las noticias de que los franceses se dirigían hacia allí, los emires ordenaron al pueblo que se concentrara en las fortificaciones. Se construyeron barricadas y se declaró la guerra santa contra los invasores. Un noble local, Umar Makram, inició una procesión desde la ciudadela hasta el puerto de Bulaq con un cartel del Profeta Mahoma, a la que se fueron sumando miles de personas con palos y lanzas, gritando “Alá es grande”, entre cantos, tambores y música de místicos sufíes y derviches.⁷⁶

Al comienzo de la primera insurrección de El Cairo diversos clérigos musulmanes se hallaban dedicados a intensificar las fuerzas telúricas de la insurrección popular. Al-Jabarti relata de qué manera creaban un estado de efervescencia con sermones en los que “inflamaban a las masas convocándolas a masacrar a los franceses que los habían conquistado”, haciendo emerger “su fanatismo oculto”.⁷⁷

74. Gourgaud, citado en Patrice Gueniffey, *op. cit.*, p. 878.

75. Citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, *op. cit.*, p. 211.

76. *Idem*, p. 58.

77. “Oh musulmanes, la guerra santa (yihad) os incumbe a vosotros. ¿Cómo podéis consentir, siendo hombres libres, el pago de impuestos a los infieles? ¿No llegó a vosotros la llamada?” (Abd al-Rahman al-Jabarti, *Napoleon in Egypt: Al-Jabarti's Chronicle of the First Seven Months of the French Occupation, 1798*, Markus Wiener, Princeton, 1993, pp. 83-84)

Apelaban a los creyentes para defender las mezquitas y la ciudad y los instaban a congregarse en la mezquita de al-Azhar.⁷⁸

El Imperio otomano buscó aportar el liderazgo político y la fuente de regularización de las fuerzas de la resistencia antifrancesa. El 1º de julio de 1798 el sultán Selim III convocó a una guerra santa (yihad) contra los invasores:

Como Egipto está a las puertas de estas dos ciudades sagradas, Medina y La Meca, este asunto es de la mayor importancia para todos los musulmanes; [...] el ataque injusto y las hostilidades de Francia deben ser, siguiendo las leyes de la justicia, resistidos por la fuerza, plena de confianza en la misericordia y los socorros del Señor. Se han tomado en consecuencia todas las medidas para resistir, por tierra y por mar, las hostilidades y para destruir a los enemigos. Y se ha decidido que es deber religioso de todo musulmán ir a la guerra contra Francia.⁷⁹

Las élites árabes hallaron consenso en condenar abiertamente la llegada de los infieles soldados napoleónicos. En el santuario de La Meca los musulmanes se reunieron con gran conmoción y retiraron los paños adornados (*kiswa*) que decoraban la Kaaba sagrada y que habían sido producidos en Egipto: con esta acción se anunciaba que el equilibrio cósmico había sido alterado.⁸⁰ Desde el norte de África pasando por Yemen y Arabia los predicadores religiosos movilizaban y reclutaban combatientes para la causa de la yihad antifrancesa. Las fuerzas de voluntarios yihadistas no harían una gran diferencia en términos numéricos, pero su importancia radicaba en la convicción de que el mundo islámico se agrupaba contra los invasores infieles. Al declarar la yihad, el sultán encargó a Ahmed Cezzar Pasha la misión de reclutar fuerzas leales que atacaran a los franceses desde Siria. Bonaparte se tomaría en serio la declaración y prepararía próximamente su invasión a Tierra Santa con una fuerza de diez mil soldados.

Frente a la legitimidad otomana que se amparaba en la estructura del califato, la avanzada napoleónica se justificaba a sí misma en una legitimidad revolucionaria de base nacional. “Francia, gracias a su revolución, se había convertido en modelo para la idea de nación. Había creado el tipo nuevo de una legitimidad nacional”, de manera tal que “el fuerte nacionalismo francés obligó a los pueblos vecinos a acordarse de su propia nación y de su propia legitimidad nacional y de arriesgarse en la prueba nacional”.⁸¹ Si uno tiene en cuenta el panorama posterior a la salida de los franceses de la zona, y especialmente la saga del nacionalismo egipcio de Muhammad Ali, Schmitt dice de los españoles y los alemanes algo que

78. “Es hoy el día de combatir a los infieles, vengarnos de ellos y borrar la vergüenza que nos cubre” (Niquila El-Turk, *Histoire de l'expédition française en Egypte*, Imprimerie Royale, París, 1839, p. 67).

79. Clément de La Jonquière, *op. cit.*, vol 3.

80. J. Cole, *Napoleon's Egypt...*, *op. cit.*, pp. 238-239.

81. Carl Schmitt, “Clausewitz...”, *op. cit.*, p. 21.

puede aplicarse perfectamente a los egipcios, y es que se han convertido en naciones “en el sentido moderno de la palabra gracias al enfrentamiento con el nacionalismo francés”.⁸²

La idea de motorizar una revolución nacional árabe para acabar con el despotismo otomano formaba parte de la misión histórica que se autoasignaba la superpotencia francesa de llevar los ideales de la Ilustración a cada rincón del planeta. El proyecto que Bonaparte había bautizado en términos de “tocar la cuerda del patriotismo árabe” fue propuesto de la siguiente manera a los ulemas, clérigos y jeques musulmanes de El Cairo:

¿Por qué la nación árabe se halla sometida a los turcos? ¿Cómo es que la fértil Egipto, la santa Arabia, están dominadas por pueblos salidos del Cáucaso? Si Mahoma descendiera hoy del cielo a la tierra, ¿dónde iría? ¿Iría a La Meca? No estaría en el centro del imperio musulmán. ¿Iría a Constantinopla? Pero esta es una ciudad profana, donde hay más infieles que creyentes; sería como meterse en medio de sus enemigos. ¡No! ¡El preferiría el agua bendita del Nilo, vendría a habitar la mezquita de Gama al-Azhar, esta primera llave de la santa Kaaba! [...] Quiero restablecer la Arabia. ¿Quién me va a detener? Destruí a los mamelucos, la más intrépida milicia de Oriente. Cuando dejemos de lado los malentendidos y cuando los pueblos de Egipto sepan todo el bien que yo deseo hacer por ellos, estarán sinceramente apegados a mí. Haré renacer la gloria de los Fatimíes.⁸³

Bonaparte sabía que debía poder sostener políticamente la conquista si no quería que todo se convirtiera en una *Vendée*.⁸⁴ Como deja asentado en su *Mémoire sur l'administration intérieure de l'Égypte*, necesitaba ganarse el favor de la población local, algo que no podía suceder si se quedaba en una forma de dominación puramente muscular, basada exclusivamente en la fuerza militar. Y en busca de este componente ideológico detectó el poder de lo teológico dentro de la política regional:

Nos es imposible pretender una influencia inmediata sobre pueblos para los que somos tan extranjeros; para dirigirlos, tenemos necesidad de tener intermediarios. [...] He preferido los ulemas y los doctores en leyes porque [...] ellos son los intérpretes del Corán, y los más grandes obstáculos que hemos enfrentado y que todavía enfrentaremos provienen de las ideas religiosas.⁸⁵

82. *Ibid.*

83. Napoleón Bonaparte, *Correspondance de Napoléon I^{er}*, t. XXIX, Imprimerie Impériale, París, 1858, p. 575. El califato fatimí fue el cuarto califato islámico, también llamado Califato de Egipto, que se extendió por el norte de África y el Levante mediterráneo entre los siglos x y xii.

84. “Solo medios políticos y morales pueden mantener conquistados a los pueblos: la elite de los ejércitos de Francia no fue capaz de contener a la Vendée, que tiene solo una población de quinientos mil a seiscientos mil habitantes” (Bruno Colson, *Napoleon on war...*, *op. cit.*, p. 347).

85. Napoleón Bonaparte, *Correspondance...*, *op. cit.*, t. XXX, pp. 83-84. “Los ulemas, los grandes jeques, son los jefes de la nación árabe; ellos tienen la confianza y el afecto de todos los habitantes de Egipto”; “Al ganar el favor de los principales jeques de El Cairo uno tiene el favor de todo Egipto y los líderes que este pueblo pueda tener” (*idem*, p. 84).

5.2. Política musulmana de Napoleón

Napoleón identificó a la religión como fuerza profunda decisiva dentro de la geopolítica árabe y no dudó a la hora de disputar legitimidad en torno del eje teológico. Dada la importancia del elemento de lo sagrado, era vital instalar una imagen de aliado y protector de las creencias y costumbres de la población local:

Hay que dedicar los más grandes cuidados para persuadir a los musulmanes de que amamos el Corán y de que veneramos al Profeta. Una sola palabra, un solo paso mal calculado puede destruir el trabajo de muchos años. [...] Es mejor perder algunos derechos y no dar lugar a calumnias relativas a la administración de materias tan delicadas. Este medio fue el más poderoso de todos, y el que más contribuyó a volver popular a mi gobierno.⁸⁶

Para la publicación de las proclamas propagandísticas empleó una imprenta de tipos árabes que mandó saquear expresamente en su paso por el Vaticano, con el objetivo de influir en la opinión pública local. Así se lee en sus documentos iniciales:

Pueblos de Egipto, se os dirá que vengo a destruir vuestra religión: ¡no les creáis! Responded que vengo a restituir vuestros derechos, castigar a los usurpadores y que yo, más que a los mamelucos, respeto a Dios, su profeta y el Corán. [...] ¿Acaso no somos nosotros quienes destruimos al Papa que decía que había que hacerle la guerra a los musulmanes? ¿Acaso no hemos destruido nosotros a los caballeros de Malta que creían que Dios quería que ellos combatieran contra los musulmanes?⁸⁷

Luego de impugnar la legitimidad de los mamelucos amparándose en el principio de que “todos los hombres son iguales ante Dios”, le pedía a “los cadíes, jeques, imanes y líderes que comuniquen a la población que nosotros somos amigos de los verdaderos musulmanes” (2 de julio de 1798). Como finalización del manifiesto maldecía a quienes decidieran combatir del lado de los mamelucos contra los franceses y publicaba unas disposiciones entre las que se destacaba, en el artículo 2º, que “todas las aldeas que tomen las armas contra el ejército serán quemadas” (p. 17).

En un intento por atraer el favor de los habitantes locales, Napoleón no dudó en acudir a la fiesta de Mawlid, en la que el mundo musulmán celebraba el nacimiento de Mahoma, “vestido con un hábito oriental y se declaró a sí mismo protector de todas las religiones”, “digno hijo del Profeta” y “favorito de Alá; “fue llamado bajo el nombre del cuñado del Profeta. Todos le decían *Ali Bonaparte*”.⁸⁸

Esta política simbólica de Napoleón se vislumbra claramente en la arquitectura escénica de los festejos del día de la República (22 de septiembre). En el centro

86. *Idem*, p. 83.

87. Christian Cherfils, *Bonaparte et l'islam d'après les documents français & arabes*, A Pedone, París, 1914, pp. 15-16.

88. Citado en J. Cole, *Napoleon's Egypt...*, *op. cit.*, p. 126.

de una columnata se instaló un obelisco de setenta pies de altura: en una de sus caras estaba grabada la frase: “a la República Francesa, Año 7”, mientras que en la cara opuesta se leían las palabras “a la Expulsión de los Mamelucos, Año 6”. En las dos caras laterales, las frases estaban traducidas al árabe. En una de las entradas se erigió un arco de triunfo que representaba la Batalla de las Pirámides. En la otra entrada, se construyó un pórtico en el que se inscribió en árabe: “No hay más Dios que Allah y Mahoma es su profeta”. Bonaparte pretendía asociar la virtud republicana con un islam codificado como una especie de deísmo. El pórtico estaba destinado a hacer propaganda al público egipcio y a fomentar los rumores sobre una inminente conversión de los franceses al islam.⁸⁹

En una carta que escribe al pashá de Acre, Bonaparte coquetea con una conversión en masa de los franceses al islam:

Nosotros ya no somos de esos infieles de los tiempos bárbaros que venían a combatir vuestra fe; nosotros reconocemos que es sublime, nos adherimos a ella, y ha llegado el momento en que todos los franceses, regenerados, se conviertan también en verdaderos creyentes.⁹⁰

Buscó posicionarse desde un principio como protector de las caravanas de peregrinos a los santuarios islámicos y suplantar en ese rol al sultán de Constantinopla. Con este propósito le escribió en sucesivas oportunidades al jerife de La Meca: “nosotros somos amigos de los musulmanes y de la religión del profeta; nosotros deseamos hacer todo lo que pueda complacerle y ser favorable a la religión”, prometiéndoles que “la caravana de peregrinos no sufrirá ninguna interrupción” (25 de agosto de 1798). Napoleón daba signos manifiestos de su vocación musulmana en la *Mémoire sur l'administration intérieure de l'Égypte*:

La política de los sultanes de Constantinopla ha sido la de desacreditar al jerife de La Meca, de restringir y anular las relaciones de los ulemas con La Meca. Mis intereses han debido naturalmente llevarme en una dirección inversa. Yo hice revivir los usos antiguos, yo me vinculé con el jerife e hice todo lo posible para multiplicar y acrecentar las relaciones de las mezquitas con la ciudad santa.⁹¹

La estrategia de “corazones y mentes” de Napoleón apuntó a consolidar una imagen de aliado de la población local. El día después de la primera insurrección de El Cairo extorsionó a los clérigos rebeldes con una amnistía a cambio de que firmaran y difundieran una proclama en la que se mostraba como protector del pueblo:

89. *Idem*, p. 168.

90. Patrice Gueniffey, *op. cit.*, pp. 440-441.

91. Napoleón Bonaparte, *Correspondance...*, *op. cit.*, t. XXX, p. 84. Cf. Henry Laurens, “La politique musulmane de la France”, en *Monde Arabe Maghreb-Machrek*, N° 152, 1996/2, pp. 3-12.

Habitantes de El Cairo: [...] Ha habido grandes desórdenes en la ciudad por parte del populacho y de perversos hombres que se mezclaron con ellos. Sembraron la discordia entre las tropas francesas y sus súbditos. Esto ha ocasionado la muerte de muchos musulmanes, pero la benévola mano de Dios llegó para calmar la sedición. Por intervención nuestra, conjuntamente con el comandante en jefe Bonaparte, muchos males peores fueron evitados. Él evitó que las tropas quemaran y saquearan la ciudad, pues está lleno de sabiduría, benevolencia y piedad hacia los musulmanes.⁹²

Convocó a los imanes y demás autoridades eclesiásticas para que interpretaran el Corán en favor de su expedición. Sin conseguir la adhesión de los letrados sunitas, el general pasó a una estrategia de abierta amenaza no exenta de tonos milenaristas:

Jerifes, clérigos, sermoneadores de las mezquitas, escuchen bien que aquellos que se declaren mis enemigos no van a encontrar refugio ni en este mundo ni en el que viene. [...] ¿Hay alguien tan ciego como para no ver que el Destino mismo guía todas mis operaciones? [...] Cuenten a la gente que, desde que el mundo es mundo, estuvo escrito que después de destruir a los enemigos del islam y tirar abajo las cruces yo llegaría desde las profundidades de Occidente para cumplir la misión que me ha sido impuesta, atestiguada por más de veinte pasajes del libro sagrado del Corán.⁹³

Apelando a leyendas apocalípticas islámicas arraigadas en la población local, procedió a investir su figura con los ropajes del Mahdi, el Mesías que llegaría justo antes del fin de los tiempos. Sobre el final incluso se dotaba de poderes mágicos: luego de señalar que “los verdaderos creyentes harán votos por la prosperidad de nuestras armas”, terminaba declarando que “podría pedir cuentas a cada uno de ustedes sobre los sentimientos más secretos de su corazón; porque lo sé todo, incluso aquello que nunca le han contado a nadie”.⁹⁴

Luego de la insurrección de El Cairo el oficial Moiret cuenta que Napoleón sobornó a varios adivinos para que “predijeran” que “el sultán francés pronto sería circuncidado, se pondría el turbante y abrazaría la religión de Mahoma y con su ejemplo llevaría a todo su ejército”.⁹⁵ Los académicos y *philosophes* franceses que lo acompañaban en la expedición no podían más que verse desconcertados por esta irrupción de irracionalidades: Moiret se lamentaba de que “todavía no habían llegado a sacarse de encima las supersticiones de Europa para pasar a adoptar las de Oriente”.⁹⁶

A pesar de su voluntad de encuadrarse dentro de los principios islámicos, el problema era que algunas de sus reformas contrariaban algunos principios bási-

92. Citada en J. Cole, *Napoleon's Egypt...*, op. cit., p. 216.

93. *Ibid.*

94. *Idem*, p. 217.

95. *Idem*, pp. 217-218. Su ejército, por cierto, no quería saber nada de circuncisiones ni de dejar de beber alcohol.

96. Juan Cole, “Mad Sufis and Civic Courtesans: The French Republican Construction of Eighteenth-Century Egypt”, en Irene Bierman (ed.), *Napoleon in Egypt*, Ithaca Press, Reading, 2003, p. 52.

cos de la sociedad musulmana. La destrucción de mezquitas para hacer reformas edilicias, la difusión de ciertos hábitos occidentales como el alcohol, la pretensión de regular cuestiones familiares y relativas a la herencia, la prohibición del velo para las mujeres en la vía pública fueron generando líneas de malestar profundo en torno del tema religioso.⁹⁷

El cronista árabe de la expedición, Al-Jabarti, se indigna ante la cruzada igualitarista de una manera que entiendo puede leerse como representativa de la reacción general musulmana ante las proclamas napoleónicas. En principio, haber dicho que todos los hombres eran iguales ante Dios era “una mentira y una estupidez. ¿Cómo puede ser verdad esto si Dios hizo a algunos superiores a otros, tal como se halla testimoniado por los que habitan en los cielos y en la tierra?”.⁹⁸ En esta y en otras oportunidades se revelaría el carácter polemógeno de la *égalité* revolucionaria en tierras árabes. Pero este tipo de declaraciones no eran una casualidad, según Al-Jabarti, sino una consecuencia de la absoluta carencia de sentido religioso de los franceses:

Teniendo en cuenta su declaración de que “destruyeron la Santa Sede”, por este hecho ellos fueron en contra de los cristianos [...]. Por lo cual estas personas se oponen tanto a los cristianos como a los musulmanes, y no se apegan a ninguna religión. Podéis ver que ellos son materialistas, que niegan todos los atributos de Dios, el más allá y la resurrección y rechazan el profetismo y el mensaje. Crean que el mundo no fue creado y que los cuerpos celestes y los eventos del universo están influenciados por el movimiento de las estrellas, y que las naciones aparecen y los Estados declinan según la naturaleza de las conjunciones y los aspectos de la luna.⁹⁹

H. Laurens destaca que “la innovación propia de Bonaparte [...] es la consideración de que el islam en sí mismo tiene un contenido revolucionario que puede volverse contra los conquistadores o, por el contrario, ser conducido en su beneficio”.¹⁰⁰ Napoleón habría comprendido perfectamente el potencial político del *driver* religioso, aunque no habría calibrado quizás del todo bien las consecuencias de su instrumentación.

5.3. *El ángel El-Mahdi y otras viñetas teológico-políticas*

La apertura del frente sirio generó un vacío, en la medida en que gran parte del ejército que antes controlaba el territorio egipcio se hallaba ahora comprometido

97. Niqula El-Turk, *op. cit.*, p. 76.

98. Abd al-Rahman al-Jabarti, *op. cit.*, p. 189

99. *Idem*, p. 188.

100. Henry Laurens, “Europe and the Muslim World in the Contemporary Period”, en J. Tolan, G. Veinstein y H. Laurens, *Europe and the Islamic World*, Princeton University Press, 2013, p. 271.

en una nueva misión. En abril de 1799 se intensificó la resistencia armada de *fellahin*, beduinos y voluntarios yihadistas del Hiyaz en el Alto Egipto y en el oeste del Delta. Fue allí donde estalló una rebelión guiada por un combatiente marroquí que se autoproclamaba Mahdi, el Mesías de acuerdo con las profecías islámicas, llamado a librar las últimas batallas del apocalipsis.

En un informe al Directorio de junio de 1799, Bonaparte reportaba el caso:

Al comienzo de floreal [abril], una escena, la primera que hayamos visto en su género, inició la revuelta en la provincia de Bahyreh. Un hombre, venido del fondo del África, desembarcó en Derne, reunió a los árabes y dijo que es el ángel El-Mahdi, anunciado en el Corán por el Profeta [...]. El ángel El-Mahdi debe descender del cielo; este impostor pretende haber descendido del cielo al medio del desierto. [...] Todos los días sumerge sus dedos en un cuenco de leche y se los pasa por los labios; es el único alimento que incorpora. Se dirige a Damanhur, sorprende a 60 hombres de la legión náutica [...] y los degüella. Embravecido por este éxito, exalta la imaginación de sus discípulos y lanzando un poco de polvo contra nuestros cañones, pretende impedir que la pólvora prenda y que las balas de nuestros fusiles caigan frente a los verdaderos creyentes: un gran número de hombres atestigüa cientos de milagros de esta naturaleza que hace todos los días.¹⁰¹

Las tropas enviadas encontraban muy difícil enfrentar a “una cantidad tan grande de hombres fanatizados”. Luego de haber eliminado miles de hombres y herir de gravedad al místico, este “se escondió en el fondo del desierto, rodeado todavía de partisanos; pues en las cabezas fanatizadas no hay órganos por donde la razón pueda penetrar”.¹⁰² El mito teológico-político por detrás de la rebelión consistía en el anuncio de la venida a la tierra de un hombre cuya misión consistirá en expulsar y destruir a todos los infieles.

A pesar de que en su relato se burla del fanatismo y de la superstición, no deja de percibirse cierta fascinación de Napoleón por este mesianismo teológico-revolucionario. Él mismo recordaba haber soñado con investir su figura de un aura religiosa:

Veía el camino para conseguir todos mis sueños... Fundaría una religión, me veía marchando hacia Asia, montado en un elefante, con un turbante en la cabeza, y en mi mano un nuevo Corán que habría redactado para que se ajustara a mis necesidades. En mis empresas habría combinado las experiencias de los dos mundos, explotando el campo de toda la Historia en mi provecho.¹⁰³

Con relación al elemento religioso como clave en la región a los fines de movilizar las energías políticas y militares de la idea de nación, cierro este apartado

101. Christian Cherfils, *Bonaparte et l'islam...*, op. cit., pp. 24-25.

102. *Ibid.*

103. Esta descripción del propio Napoleón de sus sentimientos en el momento de la llegada a Egipto fue recogida por Claire de Vergennes, Madame de Rémusat, dama de palacio de la emperatriz Josefina entre 1802 y 1808 (C. de Rémusat, *Mémoires*, vol. 1, Calmann Lévy, París, 1880, p. 274).

haciendo referencia a dos episodios que, si bien son casi intrascendentes con relación al conflicto bajo análisis, es innegable que contienen sonoridades que riman con la historia reciente de la región.

Un primer evento dentro de la campaña a Siria se relaciona con la idea de un Estado judío. Si bien en torno a la cuestión hebrea Napoleón se mostró favorable a políticas de integración y asimilación, una noticia que apareció en 1799 en un periódico oficial menciona una proclama de Bonaparte emitida durante el sitio de Acre, dirigida a los judíos para ocupar y fundar un Estado nacional:

Política. Turquía, Constantinopla, el 28 de germinal [17 de abril de 1799] Bonaparte ha hecho publicar una proclama en la cual invita a todos los judíos de Asia y África a venir a unirse a sus banderas para restablecer la antigua Jerusalén. Él ha armado ya a un gran número de ellos y sus batallones amenazan Alepo.¹⁰⁴

La noticia es retomada incidentalmente en el número del 27 de junio de 1799:

Sobre la probable conquista del Imperio otomano por Bonaparte. Esperamos la confirmación de estas buenas noticias. Si son prematuras, queremos creer que se realizarán algún día. No es solo para devolverle a los judíos su Jerusalén que Bonaparte conquistó Siria.¹⁰⁵

Ecos de la proclama se encuentran en una obra de teatro de Laus de Boissy que plantea la fundación de una colonia judía profrancesa, publicada en *La Décade philosophique* en la primavera de 1799:

El establecimiento de los franceses en Egipto y Siria podría ser una época alegre para la nación judía; recibir y dar la bienvenida a los judíos en Jerusalén podría ser quizás un medio para hacerlos más útiles y felices. Los judíos, dispersos en tres partes del mundo, al formar allí una colonia floreciente, también podrían ayudar poderosamente a la colonización de Egipto por parte de los franceses. [...] Nacidos para los negocios, con vínculos en todas las naciones, pueden servir con todos y contra todos. Ricos en capital, pueden ofrecerlo a quienes les devuelvan su territorio original. [...] El conquistador de Egipto sabe tan bien cómo evaluar a los hombres que nunca se equivocaría al aprovechar la ventaja que puede obtener de este pueblo, en la ejecución de su vasto diseño.¹⁰⁶

Los testimonios no terminan de ser concluyentes respecto de si la creación de dicha colonia era verdaderamente lo que planeaba Napoleón o su proclama era parte de un plan para sumar más combatientes a su fuerza. En cualquier caso, es

104. *Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel*, N° 243, 22 de mayo de 1799.

105. Citada en Henry Laurens, *La Question de Palestine*, t. 1: *L'invention de la Terre sainte (1799-1922)*, Fayard, París, 1999, p. 15.

106. Jean-Honoré Horace Say y Louis Laus de Boissy, *Bonaparte au Caire*, citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, op. cit., p. 220.

claro que la idea de un Estado judío en Tierra Santa ya estaba presente por aquel entonces, más de cien años antes de la Declaración de Balfour (1917).

El segundo episodio es por sí mismo claramente menor pero se revela significativo por las fracturas regionales que preanuncia: se vincula con un proyecto de alianza de Napoleón con una corriente del reformismo islámico ya activa en aquella época, que es la secta de los wahabitas, llamada a conformar una influencia importante en el Medio Oriente contemporáneo.

El *sharif* de La Meca le había comentado a Napoleón del escaso apoyo que había recibido de Estambul en un conflicto con esta secta en Nadj. En esa ciudad se habían juntado en 1744 un líder político (el emir Muhammad Ibn Saud) y un líder religioso, fundador del movimiento (Muhammad Ibn Abd al-Wahab), y desde allí habían crecido por toda la región, llegando al norte de África y al subcontinente indio. Islamistas de armas tomar, los wahabitas denunciaban el alejamiento de las prédicas tradicionales del islam como explicación de la ruina y división de los pueblos árabes. Estaban a favor de la construcción de un Estado musulmán donde se hiciera respetar la *sharia*, o ley coránica. La declinación de la enemistad a manos de esta variante intensa del islam apuntaba a la enemistad al interior de la Umma, la comunidad musulmana de los creyentes. Bajo esta concepción destruyeron mezquitas chiitas, profanaron las tumbas de sus santos al sur de Irak y llegaron a ocupar La Meca y Medina en 1803.

Dentro del mapa de las legitimidades islámicas, el wahabismo representaba para el sultán de Constantinopla un desafío desde el interior de la Umma. “Los wahabitas sacudieron los fundamentos de la legitimidad de la autoridad de los otomanos”.¹⁰⁷ Al ocupar las ciudades sagradas del Hiyaz mostraban que el califa otomano, supuesta autoridad máxima para los musulmanes, no estaba en condiciones de proteger esos santuarios tan importantes. Más adelante, en la Primera Guerra Mundial, estos conflictos reemergerían y darían lugar a la Revolución árabe de 1914-1916, incentivada por el agente británico Lawrence de Arabia. En 1932, finalmente, se fundaría Arabia Saudita como primer Estado territorial teocrático en Medio Oriente, sobre la base de las ideas del wahabismo.

Un episodio poco conocido de la trayectoria de Napoleón fue su interés por entrar en contacto con los wahabitas. El evento se ubica en 1803, cuando Bonaparte ya había vuelto de Egipto y era el primer cónsul en París. Por entonces solicitó

enviar un mensajero a Constantinopla con una carta cifrada para nuestro agente en Alepo, para informarle que, si se confirma la captura de La Meca y Yeda, tome las medidas necesarias para escribir

107. Khatchik DerGhougassian, *op. cit.*, p. 59.

al jefe de los wahabitas. Primero le escribirá simplemente que el cónsul Bonaparte desea saber si los franceses que pudieran aventurarse en el Mar Rojo o en las regiones que él ocupara, disfrutarían de su protección, y si, al viajar por Siria y Egipto, podrían estar seguros de ser considerados amigos.¹⁰⁸

La alianza franco-wahabita nunca se concretó pero el hecho no deja de ser indicativo del perdurable interés de Napoleón, incluso después de finalizada la expedición, en su proyecto de hegemonía oriental. Con respecto a la época contemporánea, suele remontarse a esta secta el origen ideológico de las dinastías sauditas y de algunas variantes de la yihad sunita del siglo XXI como Al-Qaeda.

Reflexionando sobre el asesinato del general Kléber a manos de un combatiente islámico, Bonaparte compartió desde Santa Helena sus reflexiones sobre el fundamentalismo armado:

De todos los asesinos, los fanáticos son los más peligrosos: uno solo puede protegerse con gran dificultad contra la ferocidad de tales hombres. Un hombre que tiene la intención, el deseo de sacrificarse, siempre es dueño de la vida de otro hombre y, cuando es un fanático, especialmente un fanático religioso, asesta sus golpes con aún más seguridad. La historia está repleta de tales acciones: César, Enrique III, Enrique IV, Gustavo, Kléber, etc., fueron algunas de sus víctimas. Los fanáticos religiosos, los fanáticos políticos, todos deben ser temidos.¹⁰⁹

6. Carácter telúrico

El siguiente pasaje de Clausewitz, extraído del libro VI de *De la guerra* (señalado por Schmitt como una fuente ineludible para este criterio del partisanismo),¹¹⁰ constituye un óptimo disparador para atacar una comprensión integral del carácter telúrico de la beligerancia partisana en el contexto de una guerra popular de escala nacional frente a un ejército colonial, como es el caso del conflicto bajo análisis.

La guerra es más para el defensor que para el conquistador, porque es con su irrupción cuando empieza la defensa y, con ella, la guerra. El conquistador siempre es un amante de la paz (como Bonaparte afirmó siempre de sí mismo), le gustaría entrar en nuestro Estado con toda tranquilidad, pero como no puede hacerlo, tenemos que querer la guerra y, por lo tanto, prepararla; en otras palabras, son los débiles, los sometidos a la defensa, los que tienen que estar siempre armados y no ser asaltados, así lo quiere el arte de la guerra.¹¹¹

Clausewitz destaca la centralidad del componente defensivo en las guerras populares: a diferencia de las guerras interestatales, esencialmente simétricas, para las

108. Citada en Louis Blin, "France and the first Saudi state", King Faisal, Riyadh, 2020, p. 15.

109. Citado en Bruno Colson, *On war...*, *op. cit.*, p. 338.

110. TP 60 nota 3.

111. Carl von Clausewitz, *op. cit.*, p. 370.

que favorece el ataque como única forma de avance seguro hacia la victoria militar, en las guerras asimétricas se pronuncia a favor de la defensa como la forma de guerra más fuerte para el actor más débil. La posición defensiva puede modularse de manera táctica, estratégica o política (Clausewitz VIII): la defensa política significa que una nación lucha por su libertad o su existencia, no por su expansión. La defensa estratégica consiste en la protección del territorio nacional, en contraposición a la conquista de territorios extranjeros. Finalmente, la defensa táctica significa la espera de un ataque enemigo directo en lugar de tomar la iniciativa y golpear primero.¹¹² El carácter telúrico del partisano schmittiano apunta esencialmente al sentido político y estratégico.

Clausewitz señala que “el defensor tiene la ventaja del terreno, el atacante, la del asalto” (VI 1),¹¹³ y en esta clave el libro VI explora las especificidades de la defensa en montañas (caps. 15-17), ríos (caps. 18-19), pantanos y zonas inundadas (cap. 20), y bosques (cap. 21). También en Schmitt la tematización del criterio telúrico en clave estratégica da lugar a su conexión con el tema del espacio, para cuyo análisis pone en marcha la polemología de los elementos de *Tierra y mar* y, sobre todo, de *El nomos de la tierra*, entre otros textos que se inscriben en el así llamado “giro espacial” de su pensamiento iusinternacionalista.

El partisano telúrico desplegaba su resistencia en terrenos complicados para el ejército regular; el propio espacio dejaba de ser mero escenario y era empleado como arma por parte de sus defensores. Laguna, pantanos y desierto resultaron ser una barrera defensiva natural frente a la invasión europea. Podrían aplicarse a estas marchas tan accidentadas de los europeos las palabras que el propio Napoleón dedicaría a su hermano años después (1808), en reproche de una retirada innecesaria y una derrota humillante en España: “el país que se adecuaba a tu ejército es un país plano y tú te has enredado en uno montañoso”.¹¹⁴

La significación militar fundamental que el espacio asume en la beligerancia partisana es expresada por Schmitt en los siguientes términos:

El espacio de acción que emerge de la lucha partisana tiene una estructura muy complicada, porque el partisano no lucha en un campo de batalla abierto ni en el mismo plano de una guerra de frentes declarados. Más bien le impone a su enemigo un espacio distinto. Al plano evidente del escenario de la guerra regular y tradicional se añade otra dimensión poco clara, la dimensión de la profundidad [...]. En función de su irregularidad el partisano cambia las dimensiones (TP 80-81).

112. Christopher Daase y Sebastian Schindler, “Clausewitz, Guerillakrieg und Terrorismus. Zur Aktualität einer missverstandenen Kriegstheorie”, en *Politische Vierteljahresschrift*, vol. 50, N° 4, 2009, pp. 701-731.

113. Carl von Clausewitz, *op. cit.*, p. 361.

114. Citada en Huw J. Davies, “An ulcer inflamed: Napoleon’s campaign in Spain, 1808”, en M. Leggiere (ed.), *Napoleon and the operational art of war*, Brill, Leiden, 2016, p. 207.

6.1. *Hasan Toubar, partisano del Delta*

Tal como reconoce Schmitt, “cualquier aumento de la técnica humana produce nuevos espacios y cambios incalculables de las estructuras espaciales ya existentes” (TP). En ese plan, los franceses llevaron a Egipto su flamante cuerpo de aeronautas (*Compagnie d'Aérostiers Militaires*), la primera fuerza aérea de la historia. Creada por el Comité de Salud Pública jacobino en 1794, implicaba el intento de desbloquear el espacio aéreo como teatro de operaciones militares a través de la reciente invención de los hermanos Montgolfier. El empleo militar de los globos aerostáticos se limitaba a tareas de observación y reconocimiento, y seguramente bajo ese propósito fueron enviados a Egipto. Pero ante las urgencias del primer desembarco se determinó que los globos y su equipamiento quedaran en los barcos, con la mala fortuna de que días después serían casi totalmente destruidos en la batalla de Aboukir. Lo que se pudo rescatar del equipamiento sirvió para la ya aludida Fiesta de la República (22 de septiembre), la celebración patriótica más importante, en la que se improvisaron unas demostraciones de despliegue técnico francés que pretendían impresionar a la población local.

El cronista árabe Al-Jabarti narra el fracaso de la exhibición y sus reflexiones ante la caída en llamas del segundo globo que habían tratado de hacer volar ese día.

La caída avergonzó a los franceses. Su afirmación de que este aparato es como un vehículo en el que las personas se sientan y viajan a otros países para averiguar novedades no parecía ser cierta. Por el contrario, resultaron ser como los barriletes que los criados fabrican para los festivales y otros festejos.¹¹⁵

Mientras los franceses fantaseaban con ocupar el aire y cambiar para siempre las dimensiones espaciales de los escenarios de guerra, un foco de resistencia telúrica crecía en el Delta, en los alrededores del puerto de Damietta y el lago Manzala, un enclave ubicado en la rama oriental del Nilo a pocos kilómetros del Mediterráneo.

La situación del nordeste del país era profundamente inestable y amenazaba el control francés de Damietta. Se producían ataques constantes de partisanos árabes a barcos franceses en el lago Manzala. Los habitantes de las aldeas a lo largo del lago y las islas Matariya dentro de él eran hábiles marineros y pescadores, y operaban diversos tipos de embarcaciones con singular maestría. Emboscadas y pillajes estaban a la orden del día de estos piratas isleños. El oficial Millet los describió como fuertes y vigorosos, con pieles bronceadas por el sol, cabello y barbas negros y ásperos, lo que les daba una apariencia salvaje. Cuando se encontraban en presencia de sus enemigos, golpeaban una especie de pandereta o el

115. Abd al-Rahman al-Jabarti, *op. cit.*, p. 106.

arco de sus botes y “emitían mil gritos bárbaros en un tono furioso”.¹¹⁶ El instigador de las revueltas era Hasan Toubar, un recaudador de impuestos y prestamista que había construido una posición de considerable poder no solo por su fortuna sino también por sus numerosos matrimonios e hijos y sus conexiones con los beduinos, a quienes proveía de regalos y tierras.

En la disputa por el control del lago Manzala, Toubar armó a los pescadores de las islas y equipó sus barcos, llegando a reunir una flota de tres mil embarcaciones que sembraba pánico entre los ocupantes europeos.

A mediados de septiembre, Millet y su unidad fueron enviados a través del canal de Manzala desde Mansura. Recordó que, tras varios días de viaje, fueron atacados por aldeanos árabes que se habían reunido con el propósito de emboscarlos. El canal era tan angosto que los botes franceses casi tocaban ambas orillas. En un momento inesperado, al aproximarse a un pueblo, apenas a seis metros de distancia, se vieron sorprendidos por una multitud de campesinos, hombres y mujeres, que se preparaban para lanzarse sobre ellos equipados con lanzas, pistolas y espadas. Los 150 soldados franceses comenzaron a disparar sus mosquetes, obligando a los egipcios a retirarse más rápido de lo que habían llegado. En persecución de los que huían cruzaron el canal, entraron en el pueblo y masacraron a quienes se habían refugiado allí. Tras saquear el poblado e incendiarlo completamente, regresaron a otra aldea donde habían dejado a un agente y su botín, descubrieron que el agente había sido asesinado y su bote saqueado, por lo que también incendiaron esa aldea antes de volver a Mansura, donde se enfrentaron a una importante insurrección.

Toubar, por su parte, movilizó a guerreros beduinos de las provincias de Dacalía y Sharqia, y con un escuadrón de 150 botes se apostó en las islas. Esa noche, los beduinos, armados con mosquetes, lanzas y picos, sorprendieron a la decimotercera semi-Brigada del general Vial, que dormía en sus cuarteles en el puerto. Los atacantes se dedicaron a saquear la ciudad. Turk mencionó que gritaban: “¡Hoy es el día de la guerra contra estos infieles y los cristianos que los siguen! ¡Hoy defenderemos nuestra religión y mataremos a estos miserables malditos!”.¹¹⁷

Las columnas móviles de Dugua patrullaban la zona. Bonaparte le ordenó que armara quinientos botes con cañones para controlar la laguna de Manzala: “así serás completamente el dueño del lago”. Bonaparte también le aconsejó que intentara capturar a Hasan Toubar, sugiriendo que usara una estratagema si fuera necesario.¹¹⁸ Dentro del manual de contrainsurgencia árabe de Napoleón, para

116. Citado en Juan Cole, *Napoleon's Egypt...*, op. cit., p. 162.

117. *Idem*, p. 164.

118. *Idem*, p. 165.

ocasiones como esta “tomar rehenes es el mejor método”; “Es inútil llegar a un arreglo con los árabes si no entregan rehenes; sería perder el tiempo y exponerse a nuevas eventualidades”.¹¹⁹

Los raids de los partisanos fluviales de Hassan Toubar en el delta del Nilo volvieron a intensificarse al mismo tiempo que estallaba la insurrección del Cairo, lo que demostraba una capacidad de coordinación notable entre las fuerzas insurgentes. Por la misma naturaleza del territorio, los franceses no pudieron prevenir una serie constante de ataques y revueltas ocasionales en el Delta, pero al equiparse con botes dotados de cañones y con fuertes recién construidos provistos de artillería, se hallaban menos expuestos que antes. Luego de ser derrotado y capturado por Bonaparte, Toubar fue finalmente liberado bajo la condición de que su hijo mayor quedara como rehén en El Cairo. El partisano del Delta se instaló luego en Damietta, en una especie de prisión domiciliaria, en compañía de su nutrido harén.

6.2. *Asedios en Siria*

La dificultad que representa para un ejército regular plano un terreno irregular se había replicado en ocasión de la revuelta de El Cairo, solo que en un paisaje de guerrilla urbana. El laberinto de calles de la ciudadela, sumado a las barricadas, las fortificaciones, los cementerios y las mezquitas hacían muy difícil el tránsito y la circulación de las fuerzas de ocupación. Fue aquí, como ya se ha analizado, donde Napoleón se entregó al diseño de una arquitectura contrainsurgente y empleó la obra pública como arma de guerra, con el objetivo de alisar el espacio estriado por las barricadas. Se ve así de qué manera el partisano opera espacialmente cambiando las dimensiones, añadiendo una profundidad que escapa a la linealidad de la guerra regular. “Desde el fondo estorba el juego convencional y regular del escenario abierto”, y en esto se muestra el poder expresivo de la analogía entre el partisano y el submarino (TP 81).

En el curso del asedio a una ciudad se reproduce el conflicto telúrico en toda su intensidad y es donde en mayor medida se ven absorbidas las operaciones de la guerrilla y de la contraguerrilla en el remolino de la escalada a los extremos y “la lógica de terror y contraterror”. El sitio de Zaragoza (junio-agosto de 1808) sería paradigmático al respecto, pacificado a fuerza de dinamitar las casas y bombardear con obuses a la población civil.

La campaña en Siria puede pensarse como una sucesión de diversos asedios. La armada francesa debió sostenerlos sin la ayuda de la artillería pesada, interceptada

119. Cartas a Murat y a Lanusse citadas en Patrice Gueniffey, *op. cit.*, pp. 459-460.

por barcos ingleses. Bonaparte condujo su fuerza de diez mil soldados contra Cezzar Pasha a comienzos de febrero de 1799. Tomó la ciudad de El Arish, sobre el Mediterráneo, puerta de entrada a la península del Sinaí y a la Siria otomana, luego de un asedio de una semana. Cinco días más tarde tomó Gaza. A comienzos de marzo asedió Jaffa y a mediados de mes sitió la fortaleza de San Juan de Acre.

Uno de los momentos culminantes de la espiral de terror y contraterror sucedió en ocasión de la toma de Jaffa, al sur de la actual Tel Aviv. La geografía de Jaffa era “una planicie inmensa cubierta de montículos de arenas movedizas” (un “lago de lodo”, dijo un soldado), un auténtico pantano. La marcha del ejército encontraba, además de los bloqueos del terreno, la amenaza de las nubes de beduinos que lo acosaban. El paisaje de los acontecimientos evocaba en toda su amplitud semántica la expresión inglesa “*quagmire*”, que sería usada para nombrar las ocupaciones norteamericanas en Vietnam (1955-1975) y en Irak (2003-2011) y que bien podía describir a esa altura el estado de situación de la invasión francesa a la región.

Napoleón mandó a un mensajero a la ciudad para ofrecer condiciones, pero un momento después la cabeza del oficial apareció en las murallas. La entrada en la ciudad trajo aparejados encarnizados combates urbanos. El matemático Malus, integrante de la comitiva de sabios que viajó con el general corso, describió la avanzada francesa sobre la ciudad en términos de una carnicería verdaderamente igualitaria, sin distinciones de ningún tipo:

Los soldados [...] estuvieron degollando a hombres, mujeres, ancianos, niños, cristianos, turcos; todo lo que tenía figura humana fue víctima de su furor. El tumulto de la carnicería, las puertas rotas, las casas sacudidas por el fragor del fuego y de las armas, los alaridos de las mujeres, el padre y el hijo volcados uno sobre el otro, la hija violada sobre el cadáver de su madre, el humo de los muertos quemados con sus vestidos, el olor de la sangre, los gemidos de los heridos, los gritos de los vencedores peleándose por los despojos de una presa que expiraba, los soldados furiosos respondiendo a los gritos de desesperación con gritos de rabia y golpes redoblados [...]: tal fue el espectáculo que ofreció esa ciudad desdichada hasta entrada la noche.¹²⁰

Hubo un general francés que hasta llegó a dar sablazos a sus subordinados para detenerlos. Finalmente “cesó la carnicería; los sitiadores estaban hartos de matar. [...] Muertos de fatiga, agotados por el desenfreno, los vencedores cayeron dormidos en la sangre de los vencidos.”¹²¹

Bonaparte ofreció a los otomanos la opción de rendirse y ser llevados a Siria. Pero se trataba de una trampa. Luego de que se rindieran, ordenó que averiguaran los nombres de los mejores veinte cañoneros de entre los prisioneros y que los

120. Patrice Gueniffey, *op. cit.*, p. 483.

121. *Ibid.*

apostaran con las tropas francesas que iban a volver a El Cairo. Instruyó también a su oficial para que llevara a los turcos que capturados en Jaffa con las armas en la mano a la orilla del mar, y que los mandara fusilar ahí mismo, tomando sus precauciones de manera que no escape ninguno. No fue fácil encontrar entre los oficiales alguien que accediera a ejecutar la orden de Bonaparte, y recién luego de tres días pudo terminar de cumplirse. La playa fue el escenario de ochocientas ejecuciones un día, seiscientas al día siguiente y más de mil a los dos días.

El objetivo de Napoleón consistía en sembrar el terror al punto de disuadir al enemigo de defenderse. Gueniffey sugiere que Bonaparte pensó la acción convencido de que se movía acorde a los usos y costumbres militares de la zona, en alusión a un episodio relatado en el libro de Volney y sucedido en 1776 (quince años atrás): el jefe mameluco Abu al-Dahab había intentado conquistar Siria y sitió Jaffa durante cuarenta días antes de pasar a degüello a sus habitantes.¹²² Con el objetivo de infundir temor lanzó una proclama el 9 de marzo, mientras en la playa todavía seguían las ejecuciones:

Es bueno que sepáis que todos los esfuerzos humanos son inútiles contra mí, porque todo lo que yo emprendo debe tener éxito. Aquellos que se declaran mis amigos prosperan. Los que se declaran mis enemigos perecen. El ejemplo que acaba de ocurrir en Jaffa y Gaza debe haceros comprender que, si soy terrible con mis enemigos, soy generoso con mis amigos.¹²³

Ante la tarea de sitiar una ciudad insurgente Napoleón recomendaba prepararse para la posibilidad de “furiosos combates en las calles”. En 1808 le escribiría a Murat, su general en Madrid, ciertas instrucciones de contrainsurgencia urbana: “usted debe recordar las circunstancias en las que, bajo mis órdenes, usted llevó a cabo la guerra en las grandes ciudades. Uno debe evitar combatir en las calles. Se ocupan las casas de las esquinas y se instalan buenas baterías”.¹²⁴ Como recomendó a propósito del patrullaje de El Cairo una vez pacificada la insurrección, había que evitar dejar apostados efectivos a la manera de “guardias fijos en las plazas y las intersecciones” y era preferible que circularan por la ciudad sin dejar de moverse.¹²⁵

Una indicación corriente que se encuentra en sus escritos es la paciencia necesaria en este tipo de guerra de asedio combinada con guerra popular, para cuya ejemplificación remite a las invasiones inglesas a Buenos Aires:

Una ciudad de cuarenta mil a cincuenta mil almas defendida por un movimiento popular no se toma más que con tiempo y paciencia. Las historias de guerra están llenas de catástrofes de las más consi-

122. *Idem*, p. 488, n. 89.

123. *Ibid.*

124. Citado en Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière...”, *op. cit.*, p. 252.

125. Bruno Colson, *Napoleon on war...*, *op. cit.*, p. 338.

derables por haberse precipitado y haberse internado en las estrechas calles de las ciudades. El ejemplo de Buenos Aires y los doce mil soldados ingleses de elite que allí murieron es una prueba.¹²⁶

En una guerra sin frentes ni simetrías resultaba difícil establecer una victoria o una derrota de manera clara. Según las leyes del conflicto telúrico, cada minuto que pasaba era favorable a la defensa. No solo el espacio sino también el tiempo estaba del lado del combatiente que se defiende. Como dijo Kissinger, el guerrillero gana si no pierde mientras que el ejército convencional pierde si no gana.¹²⁷

Ninguno de estos medios surtió efecto a la hora de quebrar la resistencia de la ciudad de Acre. Detrás de las murallas se hallaban las tropas otomanas, secundadas por el imperio británico y el zar ruso, aliados que incrementaron considerablemente las capacidades defensivas islámicas durante el asedio. A fines de mayo Bonaparte terminó de aceptar la derrota. Sus tropas, profundamente desmoralizadas, al borde del amotinamiento, con muchos enfermos de peste y disentería, no lograron doblegar la resistencia de la fortaleza medieval y fue así que flaquearon las esperanzas de Napoleón de tomar Siria. Tres meses después, decidió volver a Francia dejando a cargo de la diezmada expedición al general Kléber.

Conclusiones

A los ojos de Schmitt, el partisano moderno nació en los albores del siglo XIX (con las guerras de la Revolución francesa), pero se afirmó como “figura clave de la historia mundial” en el curso del siglo XX, principalmente a partir del cambio de estructura del derecho internacional que se inaugura con el fin de la Primera Guerra Mundial y se consolida institucionalmente luego de la Segunda. Inspirada por la filosofía de la guerra de la Ilustración y consolidada en el derecho internacional por la Sociedad de Naciones de Ginebra, el pacto Briand-Kellogg y el Tratado de Versalles, esta nueva estructura jurídica criminalizaba la guerra convencional y declaraba su prohibición, pero lejos de cancelar efectivamente la guerra le ofrecía nuevas posibilidades de desarrollo e intensificación, solo que irregulares:

Hubo realmente pacifistas que creyeron que gracias a la proscripción de la guerra convencional, proclamada por la Ordenación de la Haya, nunca más habría guerra. [...] Nadie sospechó lo que significaba el desencadenamiento de la guerra irregular. Nadie se ha parado a pensar qué consecuencias tendría la victoria del civil sobre el soldado (TP 97).

126. Carta a Bordeaux de 1808, citada en Bruno Colson, “Napoléon et la guerre irrégulière...”, *op. cit.*, p. 252. En las invasiones inglesas se calcula que murieron nueve mil ingleses (no doce mil).

127. Citado en Christopher Daase y Sebastian Schindler, *op. cit.*, p. 703.

Si falta la propensión a la regularidad, la guerra se transforma en guerra partisana, y cae la así llamada tutela de la guerra, que había sido lograda en el derecho internacional europeo. Ha sido un gran error de los pacifistas creer que bastaba con abolir la guerra (en ese caso se pensaba en la guerra regular del siglo XIX entre ejércitos nacionales europeos) para que reinara la paz. Este ha sido el error fundamental del pacifismo en su conjunto; y puedo jactarme del hecho de que uno de los pacifistas más importantes, sinceros e interesantes desde el punto de vista jurídico, el profesor Hans Wehberg de Ginebra [...] me lo confirmó expresamente apelando a mi concepto de lo político. Repito: creer que la abolición de las operaciones militares regulares pudiera significar la paz del mundo fue el error del pacifismo de viejo estilo.¹²⁸

La figura del partisano entró en la escena de los acontecimientos como línea de fuga de una energía belicosa que veía bloqueada su canalización a través de los cauces jurídicos tradicionales de la legalidad interestatal e intraeuropea del siglo XIX. En esta línea, el historiador militar W. Hahlweg afirma que “desde 1945 la guerrilla se convirtió en la práctica en la forma de guerra predominante”.¹²⁹

Esta hipótesis de tendencia schmittiana acerca de la evolución de la guerra desde las dos conflagraciones mundiales hasta nuestros días se ve respaldada por diversos estudios actuales que testimonian el progresivo decrecimiento de las guerras interestatales convencionales a favor de la intensificación de conflictos comunales, subestatales, en muchos casos mundializados. Al analizar los datos del Uppsala Conflict Data Center (UCDP)¹³⁰ tanto como la información procedente del proyecto *Correlates of War* (COW),¹³¹ se constata la disminución de guerras entre Estados y el gran crecimiento de los conflictos internos, las guerras insurreccionales y los conflictos de secesión identitaria (grupos que se separan de los Estados de los que formaban parte en función de su identidad histórica, étnica o religiosa).¹³²

La crisis de la regularidad moderna de la guerra-en-forma se expresó en una proliferación de la guerra-sin-forma, un movimiento general de desregulación e

128. Joachim Schickel, *op. cit.*, pp. 13-14.

129. Werner Hahlweg, *op. cit.*, p. 13. “Una ojeada al período que va del final de la Segunda Guerra hasta nuestros días demuestra que los conflictos armados (Grecia 1946-1949; Indonesia 1945-1949; Malasia 1948-1960; Indochina 1946-1954; Corea 1950-1953; Argelia 1954-1962; Cuba 1956-1959; Vietnam 1955-) se conducen todos más o menos con los métodos de la guerrilla” (pp. 12-13).

130. Recolecta información sobre guerras desde 1946 hasta hoy; disponible en línea: <https://ucdp.uu.se>.

131. Contiene datos de los conflictos bélicos desde 1816 hasta 2016; disponible en línea: <https://correlatesofwar.org>.

132. Ambos sets de datos coinciden en que se produjo una considerable disminución de las muertes en batalla y del número de conflictos interestatales, y en que la amplia mayoría de las guerras combatidas desde mediados del siglo XX hasta hoy se han librado por desacuerdos e incompatibilidades de grupos dentro del Estado, lo que significa que la guerra civil ha sido la experiencia bélica más común a lo largo del período (Edward Newman y Karl DeRouen, Jr. [eds.], *Routledge Handbook of Civil Wars*, Routledge, Londres, 2014, p. 16). Es elocuente al respecto el cuadro que se encuentra en Meredith R. Sarkees y Frank Wayman (eds.), *Resort to War, 1816-2007*, CQ Press, 2010, p. 565.

indiferenciación jurídica de la violencia bélica. Lo propio de “la práctica de la beligerancia actual” sería que “las distintas formas de la guerra partisana se mezclan y se enredan” (TP 45), poniendo en crisis la distinción entre guerra estatal y guerra civil (TP 47). En una condición caótica que desafía la capacidad dadora de forma de los atractores institucionales clásicos, los campos de batalla del siglo xx y del xxi llevan la marca de la pérdida de centralidad de la regularidad estatal y los actos de guerra siguen una lógica crecientemente refractaria a la circunscripción.¹³³

Medio Oriente constituye una de las zonas de la conflictividad mundial actual en la que esta tendencia general de desregulación de la violencia ha desplegado sus consecuencias más temibles. En este proceso las guerras de la Revolución francesa y de Napoleón constituyeron un umbral decisivo.

La intervención francesa en la región se llevó adelante como parte de la “cruzada de la libertad universal” (por usar una expresión del girondino Brissot en 1791), una guerra justa en nombre de la humanidad contra los déspotas criminales que eran agresores del género humano.

En el proceso de construcción de un imperio franco-afro-asiático los dos frentes del despotismo eran, como se vio, por un lado, la oceanocracia británica, monarca absoluta de los mares, y por el otro los despotismos regionales como la tiranía otomana, la dominación de los mamelucos y hasta el zar de Rusia. Según el mesianismo de la nación encomendada a llevar libertad a todos los rincones del planeta la existencia misma de regímenes autocráticos era una agresión contra la humanidad. La guerra contra los agresores injustos desconocía así las fronteras y las líneas nacionales y globales. En su lucha por internacionalizar la Revolución francesa no respetaban límite alguno. Lo mismo era un conflicto interno que uno interestatal, uno europeo que otro extraeuropeo: en todos ellos lo que estaba en juego era una misma guerra de criminalización del enemigo (en tanto tipificación del enemigo como inhumano en función de la doctrina de la guerra justa). El espacio extraeuropeo debía ser modernizado compulsivamente a base de *liberté* y *égalité*, lo que implicaba destruir todos estos modos de dominación propios del Antiguo Régimen a través de una beligerancia pedagógica, una guerra ilustrada.

133. El espacio político multiestratificado y complejo del pluriverso moderno clásico se transformó en los últimos treinta años de unipolarismo norteamericano en una cinta de moebius global. J. Dotti lleva al extremo el diagnóstico y afirma que el paisaje conceptual de la guerra contemporánea se deja nombrar como *estado de terror posmoglobal* y se caracteriza por la omnipresencia de una violencia ilimitada, vinculada inmediatamente a la finalidad de producir terror: “el terror convoca terror y, coherentemente con una metafísica de la infinitud y del dinamismo absoluto, del *todo-circula* porque *todo-vale*, las medidas que dicen combatirlo son tanto o más aterradoras que los hechos alegados para justificarlas” (“Violencia, guerra y terror posmoglobales”, en Manuel Cruz (comp.), *Odio, violencia, emancipación*, Gedisa, Barcelona, 2007).

Las terribles prácticas de contrainsurgencia francesa analizadas se justificaban desde la misión de obligar a los árabes a ser libres.

Tal como destaca T. Reiss,

Napoleón intentó rehacer la sociedad egipcia de arriba abajo, de una manera tan extrema como la que había aplicado con tanta celeridad en Malta; pero los egipcios resultaron ser mucho más resistentes a las reformas, y cuando quisieron coaccionarlos para que aceptaran un gobierno extranjero en nombre de la “libertad para todos”, los franceses desencadenaron tormentas que aún hoy siguen siendo una chispa del conflicto entre Oriente y Occidente.¹³⁴

El componente teológico-político intensificó las hostilidades de esta guerra de valores entre la legitimidad islámica y la legitimidad de los ideales revolucionarios seculares de Francia. El ascenso a los extremos verificado en diversos momentos de la expedición llegó a su punto culminante, como se pudo ver, en la campaña napoleónica a Tierra Santa.

Schmitt (TP 24) se apoyó en la sugestiva analogía de un oficial prusiano (fascinado por los partisanos españoles) que en 1809 dejaba flotando en el aire la pregunta de si acaso no haya que decir que el principal promotor de la guerra irregular no sea otro que el mismo Napoleón:

De alguna manera ahora todo se ha convertido en una guerrilla en grande. [...] El rígido orden de despliegue de los ejércitos en batalla se ha disuelto en cuerpos móviles más ágiles y eficientes, las formaciones de marcha se hallan cada vez menos ligadas a las reglas del movimiento concéntrico. Las salmerías han sido reducidas en favor de un sistema de aprovisionamiento por requisiciones en el sitio, se tiene menos necesidad de depósitos de víveres y el rápido andar de las operaciones no resulta ya obstaculizado por las viejas normas de la estrategia relativas a las líneas de base y de subsistencia. ¿Acaso la campaña napoleónica de 1806 [contra Prusia] no se podría quizás considerar como un partisanismo en gran escala?¹³⁵

Al-Jabarti estimula estas elucubraciones destacando las similitudes que él percibía entre los soldados europeos y los combatientes yihadistas:

Actuaron como si estuvieran siguiendo la tradición de la Comunidad [de Mahoma] en el temprano Islam y se veían a sí mismos como luchadores en una guerra santa. Nunca consideraban que el número de sus enemigos fuera demasiado alto, ni les importaba quién de ellos iba a morir. De hecho, consideraban a cualquiera que huyera un traidor a su comunidad y un apóstata de su fe y creencia. Siguen las órdenes de su comandante y obedecen fielmente a su líder. Su única sombra es el sombrero en su cabeza y la única montura son sus propios dos pies.¹³⁶

134. Tom Reiss, *op. cit.*, p. 239.

135. Testimonio citado en Werner Hahlweg, *op. cit.*, p. 46.

136. Abd al-Rahman al-Jabarti, *op. cit.*, p. 36.

Desde la rivalidad franco-británica del siglo XIX, pasando por el acuerdo de Sykes-Picot hasta la Guerra Fría y la actual era posbipolar, “no hay margen para negar el grado elevado de intervencionismo militar” ni para borrar del análisis “cuán determinantes han sido las potencias extrarregionales —europeas, estadounidenses y rusas— en la confección del mapa geopolítico de Medio Oriente”.¹³⁷ Pero los “choques de civilizaciones” y los enfrentamientos milenaristas se mitigan con diplomacias estatales activas que relativicen las líneas de fractura étnico-religiosas en busca de nuevas formas de regularidad para sus guerras. En el marco de estas tendencias a la desregulación de la violencia belicosa y al pasaje de la beligerancia actual a zonas de excepcionalidad creciente, habrá que ver si surgen nuevas configuraciones de poder que logren que en Medio Oriente “el Aqueronte que se desbordó” vuelva “a los cauces del orden estatal” (TP 61) o si el estado de terror posmoglobal llegó definitivamente para quedarse como marca de época de las guerras por venir.

UNIPE / UBA

137. Khatchik DerGhougassian, *op. cit.*, p. 229.